
La Revista de Santander



1932

Número 3

Quinto tomo

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
FRANCISCO DE NÁRDIZ: <i>Un poeta montañés.</i> <i>José María de Aguirre y Escalante.....</i>	97
FRANCISCO CUBRÍA SAINZ: <i>El alma errante..</i>	106
FRANCISCO G. CAMINO Y AGUIRRE: <i>Iconografía</i> <i>funeraria montañesa. El escribano Lucas</i> <i>de Hermosa y su mujer doña Mariana de</i> <i>Matienzo</i>	121
TOMÁS MAZA SOLANO: Los maestros pintores y doradores Jacinto y Francisco de la Cas- tañera Obregón.....	132
VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA: <i>El Mudo.....</i>	137
<i>Libros de la Montaña.....</i>	144

La Revista de Santander

1932

Quinto tomo

Núm. 3



UN POETA MONTAÑÉS

JOSÉ MARÍA DE AGUIRRE Y ESCALANTE

(Conclusión)

VII

Brava y tupida y arremolinada entre ráfagas huracanadas y frías de viento del norte, una lluvia torrencial, medio congelada, hería con incontables latigazos de sus fustas lacerantes el atarecado caserío de la hidalga ciudad de Palencia, mientras caminaba el tiempo por las horas de un alborear de abril, disfrazado de enero riguroso».

Tal comienzan las páginas del libro de viajes del poeta. Con un temporal en la llanura de «Tierra de Campos».

Con lenguaje brioso, con frases fuertes de palabras sonoras. Todo a lo largo del viaje hemos de ver la imagen envuelta en lenguaje sonoro.

Véase este párrafo: «Rompiendo aquella calma silente de soñolencia, vibraron unas campanadas y sonó luego en la lejanía el lamento agudo de la locomotora, más lejano que por la distancia, por el brío de la ráfaga huracanada que la arrebatava entre sus pliegues».

Busca Aguirre y logra plenamente la armonía de sus frases, haciendo concurrir en sus oraciones las palabras que más elocuentemente pueden producir aquélla. Uniéndolas para que produzcan sonidos apropiados y aun algunas veces adjetivando los substantivos varias veces con palabras que se suceden inmediatamente las unas a las otras, rítmicamente unas veces, otras con la monotonía precisa al paisaje. Y lo mismo se puede decir de la concurrencia de dos, tres o más verbos.

Veamos algunos ejemplos:

«Por los pueblos montañeses corre el agua embravecida por tajos, hoces y desfiladeros, salta, bota, ruge, hierve, escupe y flagela los poblados, descuaja los alisales, arrastra puentes y presas y anega fábricas y

molinos, pero corre, corre, parece que va de paso, está cercano el mar, dique de sus furiosos, es la desolación que pasa; aquí parece la desolación endémica».

Véase, pues, la concurrencia de verbos: «salta, bota, ruge, hierve, escupe y flagela» reunidos no tanto para completar la imagen como para buscar el sonido de la frase.

Y véase ahora la concurrencia de adjetivos: «Las figuras son angulosas, rígidas, ajenas de expresión».

«El espíritu del Quevedo triste, desventurado y místico».

«¿Porque no sonaba allí la charla donosa y picaresca del Arcipreste de Hita y el canturreo de las rimas sencillas y vigorosas del rabino de Carrión o de Pero López de Ayala...?»

«Aquel cochero patilludo y musculoso...»

Y por fin aquel párrafo no exento de humor que hallamos en el capítulo dedicado a «Las Huelgas y Miraflores»:

«Otras cigüeñas merodeaban por los terrenos vecinos, avanzando ceremoniosamente entre la admiración y el entusiasmo de dos extranjeras vetustas, flacas, cegatas y encorvadas, que las seguían encantadas, llamándolas mimosamente como si se tratara de un perro faldero; si hubieran sabido que las cigüeñas se alimentan de sabandijas, quizás no se hubieran acercado tanto a ellas».

Como ejemplo de armonía imitativa podemos citar el siguiente párrafo del capítulo titulado «Legionis»: «¡Y pensar que esos muros han escuchado el ronco grito del caracol de guerra de aquellos rústicos guerreros de valor temerario, idólatras de su independencia que impedían a Roma cerrar el templo de Jano!»

* * *

Se aprecia en el libro «De Castella Vetula», como ha dicho anteriormente a esta fecha persona más autorizada que nosotros, se aprecia, repetimos, «sentimiento, nobleza, casticismo, erudición, estilo» (1). En él no solamente hay impresiones de viajero, hay también interpretación de la historia, narraciones y juicios sobre los seres que por los lugares que visita el poeta pasaron siglos atrás. Santa Teresa y Quevedo desfilan por la obra; se proyectan en ella las figuras del Rey Alfonso el Sexto y el Cid Campeador, el procurador Tordesillas, el Rey Fernando I de Castilla, el Buen Caballero Juan Bravo, y nos encontramos con la historia de Salamanca, Ávila, Burgos y Segovia, el Museo de Arquitectura románica donde hay «tanta abundancia de piadosas floraciones de

(1) Vicente de Llamperez. Prólogo citado.

este arte monacal severo y legendario que tan bien encaja en las ciudades silenciosas y vetustas, en esas ciudades en que parece percibirse el estancamiento centenario de un vaho medioeval».

Y no está exenta la obra de oportunas y certeras reconstrucciones vivientes, poblándose «aquellos baluartes de fornidos ballesteros; aquel atrio románico de hidalgos ociosos y clérigos; aquellos porches anchos y ensombrecidos, de mercaderes judíos y genoveses, de frailes mendicantes, de juglares y rapsodas callejeros, y de la abigarrada muchedumbre de la gleba desprendida de todos los picachos de la Sierra».

Y en el atrio que regó con su sangre el último Conde de Castilla, cobardemente asesinado, vió Aguirre cómo hervía una multitud heterogénea. «Pordioseros de miembros horriblemente mutilados y rostros de santos de Rivera; lugareños secos y fornidos, de mirada franca y enérgica y piel de cordobán; caras de pelaires medioevales y hombres de armas de Padilla; lugareñas de faldas cortas y enormes arracadas, pómulos pronunciados y mirada soñadora y dulce; maragatos mofletudos metidos en bragas amplísimas; clérigos de manteos enverdecidos y descomunales tejas coetáneas de la del Licenciado Pero Pérez; caras del Greco, hidalgas y enjutas, reñidas con la americana y pidiendo ropilla; viejas pequeñas, magras y enlutadas, dueñas, brujas de sátira quevedesca; arrapiezos tan escasos de carne y ropa como sobrados de malicia, descendientes de Diego Cortado, de la cepa de los que se graduaron en truhanería en las almadrabas de Zahara, o de los que jugaron al rentoy en las Ventillas de Toledo; capas pardas, sombreros paveros, gorras y zamarras de piel de oveja, zahones de cuero, calzones cortos ajustados o amplios a la Bretona, mantas de Palencia, botones de plata, chalecos rojos, etc., etc., vestía aquella muchedumbre, y desentonando en tal cuadro, castizamente español, algún Petronio de capital de provincia queriendo vestir a la inglesa, pavoneándose en el atrio sin entrar en el templo. Grupos de mujeres, de niñas casi, menguadas de cuerpo y éste relamido y escaso de curvas, atravesaban la plaza cargadas de enormes alcarrazas o de sacos henchidos de ropa, caminaban trabajosamente, vencéndose del lado contrario a la carga y dejando escapar un jadeo fatigoso por los labios entreabiertos; tenían un aspecto de esclavitud resignada que apenaba el ánimo».

* * *

En el libro de Aguirre que nos ocupa examina éste la arquitectura de los lugares que recorre. Y según su ilustre prologuista Vicente de Lámpez, «Aguirre, no es un arqueólogo en el sentido técnico e histórico de la palabra». Poco importa, en verdad sea dicho, que lo sea o no. Lo intere-

sante es que interpreta y «apunta», si se quiere, lo que encuentra en los Monasterios y Catedrales que visita. Tal vez pueda aplicársele, como quiere Lámperez, lo que el propio poeta dice de los artistas medievales, es decir, que «preferían imitar lo que soñaban, a lo que veían». Claro es que el autor, el mismo Lámperez lo afirma, «sabe de arqueología mucho y bien sabido». ¿Tuvo necesidad —se pregunta el citado prologuista— tuvo necesidad Aguirre de citar fechas y teorías justificativas de la decadencia gótica para trazar, a propósito de la Casa de las Conchas, un cuadro de la Arquitectura «Reyes Católicos», con pluma que en «preciosismo» competir puede con el cincel de Juan Guas? Este «sintetismo» de Aguirre es una cualidad de sus pinturas, pues cuando se entra por los caminos de la Arquitectura descriptiva y de la historia fechada, su obra decae y baja».

Y continúa Vicente de Lámperez: «Mirad (y ved en esta observación que no todos son elogios) el capítulo de la Cartuja de Miraflores, el más «técnico» y «documentado» de los del libro, y notaréis lo desmayado de su contextura y estilo, los cuales vuelven a animarse al final, cuando escribe desligado ya del grillete arqueológico».

Y termina: «Exactamente apreciaba Aguirre su propio temperamento: oíde: «Cuanto más erudito sea el arqueólogo que describe, más fatigosa suele hacer la descripción; acierta a veces mejor el poeta con una docena de palabras brillantes o un símil afortunado, a dar de ellas una idea felicísima, que el erudito con muchas páginas de farragoso tecnicismo».

Prescindiendo por un momento de la prosa de «De Castella Vetula» se podrían recordar aquí algunas estrofas de una composición a que más arriba ya nos hemos referido del libro «Brumas Cántabras», bastante elocuente acerca de la manera de sentir e interpretar Aguirre el arte.

No resistimos al deseo de transcribir dos o tres estrofas de la misma, intitulada «Idilio de Mármol». Dicen de la siguiente manera:

«Imagen de un guerrero enflaquecido
por las rudezas de una edad bravía,
en el blanco sarcófago tendido
bajo el dosel de la ojival crujía.

La varonil cabeza recostada
entre las plumas del rizado almete
y la cruz de la espada
asida con el férreo guantelete.

Remeda la montante toledana,
esa que el puño convulsivo aprieta,
la que tiñe de sangre mahometana

los blancos alminares de Damietta.

.....

Buscan los yertos ojos del cruzado
junto al hastial que la humedad tapiza
el rostro de una dama recostado
de triste gesto y cabellera riza.

Duerme la dama, resignada duerme;
serena se entregó al eterno sueño,
como pálida flor se entrega inerte
al azote del céfiro agosteño.

.....

Contemplando la faz descaecida
de la dama, sonrío la careta...
¡ay, si volviera a circular la vida
por esa mano que la espada aprieta!...

.....

El guerrero de mármol, en su lecho,
la vista vuelve a la marmórea dama,
cual si en el fondo inerte de su pecho
aún centellease del amor la llama.

Parece que en las venas de alabastro
bulle la sangre joven y caliente,
que la vida al morir marcó su rostro
en ojos yertos y en helada frente.

.....

VIII

Y dos palabras solamente para esbozar un apunte sobre la ideología del poeta.

También aquí va a ser menester recordar algo de lo que se ha dicho ya en más de una ocasión por otras plumas, de Amós de Escalante. Y no se crea al ver cuanto se cita a un poeta al hablar del otro que queremos extremar una comparación. Tan solo ha de notarse por quien esto viere que el parentesco literario es realmente grande entre Escalante y Aguirre, como hemos dicho más arriba.

De Amós de Escalante encareció, con toda la autoridad que poseía, Menéndez y Pelayo (1), su cultura, sus sentimientos religiosos, su patriotismo. De Aguirre podemos ponderar asimismo su cultura puesta de manifiesto plenamente en sus obras, su patriotismo que igualmente

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo. Estudio crítico citado.

resalta en ellas, su amor a la historia de España, su orgullo de ser castellano, que él mismo encarece en más de una ocasión.

«Otra cumbre del escritor —escribe Lámpez refiriéndose a nuestro poeta— cumbre que emerge de estas páginas, es la más recta bondad de pensamientos. Poeta del recuerdo, extrae de la historia con predilección lo que hay en ella de más alto y noble, y «pasa» por lo deforme y bajo. ¡Con qué ternura cita, por ejemplo, la nobilísima carta de los segovianos a los medíneses a raíz de la «hazaña» de Ronquillo! ¡Cómo mide la grandeza del Quevedo viejo, enfermo y prisionero enterrador del Quevedo mordaz, satírico y espadachín! Seguid las páginas de Aguirre y le encontraréis siempre enamorado fervoroso del ideal, enaltecedor de todo lo recto y elevado. Y por ello exalta las memorias legendarias de España; y por ello ve su grandeza hasta en su decadencia: «porque es imposible rodar de una montaña si antes no se ha trepado a ella».

IX

Nos vamos alarmando un poco de las dimensiones que va tomando este trabajo, que fué concebido como simples notas marginales. Vamos, pues, a examinar brevemente lo que resta de la obra de Aguirre, en una de sus narraciones.

Conocemos dos del poeta, titulada la una «La Vena del Hierro» y la otra «Las coqueterías de una majuca», constándonos que publicó algunas más.

La primera de las citadas fué publicada en la revista madrileña «Los Contemporáneos», a un concurso de la cual fué presentada en 1910 (1).

Y ha de servirnos para fijar en un rápido examen de la misma la personalidad de Aguirre como ameno y fácil narrador.

Tiene «La Vena del Hierro» una fábula sencilla, desarrollada normalmente y sin ninguna nota de desentono. Es preciso no olvidar que la obra fué escrita en la primera decena del siglo que vivimos.

En ella hay tres tipos principales que se mueven en un escenario propio y adecuado, cual es el puerto de Valnizo, al que arriba el vapor Punta Rostrío donde uno de aquellos tipos se halla embarcado.

El argumento se halla constituido por los amores de una bella muchacha y un bravo marino. Ella —Ángelines— «era una moza que andaba muy cerca de los veinte. Era alta de talle, esbelta sin languidez, avara de palabras, gallarda de movimientos, de tez trigueña, de cabellos intensamente rubios y de ojos zarcos de mirada zahareña. Tenía en ellos

(1) Fué presentada esta narración al concurso bajo el lema «Del mar perdidos en la azul grandeza» con el que se publicó en la fecha citada en el texto.

una esquividad encantadora y los huía de los ajenos con un mohín difícil de distinguir si era pudoroso o altanero, tímido, desdeñoso o salvaje». Esto nos dice el autor que era en cuanto a lo físico. En punto a lo moral «era una muchacha con aptitudes para el gobierno doméstico». Y, como luego podremos ver en el transcurso de la fábula, de excelentes sentimientos.

De ella se enamora el marino Lorenzo, alias Gindola, duro, bravo, fuerte, de buenas cualidades que culminan en el acto de salvar a su futuro suegro olvidando la guerra que éste le hacía.

¡Ah!, el suegro de Guindola, gran tipo. Santos el Cabuérnigo, el tabernero, egoísta, avaro, duro de sentimientos, capaz, muy capaz, de sacrificar a su hija con tal de lograr medro y lucro para él. Generoso al fin cuando Guindola le salva la vida.

El proceso del amor entre Angelines y el marino lo expone de manera ajustada el narrador.

«Y así iban —nos dice— las cosas muy a gusto del señor Santos el Cabuérnigo, cuando vino a enredárselas un niño muy revoltoso a quienes unos llaman Cupido, otros Amor y otros alma del Mundo. Nosotros le llamaremos Amor, que es como más vulgarmente es conocido. Este tal, que cambia de catadura más que Proteo, presentóse esta vez ante el cafetín de Valnizo en forma de piloto joven y fornido». Y más adelante: «La moza esquivó sus embates un día y otro, un mes y otro mes; las miradas apasionadas del piloto buscaban estérilmente un punto de atención en aquellos ojos zahareños de miradas clarísimas. Pero el mozo había montado los veinticuatro virgen de amores y tenía debajo de su áspera corteza marinera, ahorrado a través de su juventud, un caudal de ternuras que ya le rebosaban y puso en el empeño toda la energía de su alma templada en la brega ingrata y dura contra borrascas y nieblas. La moza le huía, no por repugnancia y desvío, sino porque tenía el amor como una cosa desconocida para ella y muy peligrosa.

«Y atacando él y defendiéndose ella pasó un año... pero al cabo del año comenzó a flaquear la defensa y a enconarse el ataque. Aquel niño a quien tantos mote se han puesto, prestaba las armas al mozo y una epidemia dulcísima que llaman la primavera de la vida, debilitaba la defensa de la moza. Rindióse al cabo...»

Y como «amor se venga siempre en los rehacios a sus halagos, y los que caen tarde al imperio de su fuerza pagan luego con creces las rebelías pasadas, la moza por su naturaleza esquiva y recelosa, tardía a la voz del amor, vió como éste entraba triunfante en todos los rincones de su alma avasallándola a su albedrío».

Por eso, cuando el padre trata de apartarla de aquel amor, ella atiende, como dice el autor, «enmudecida, muy abiertos los ojos claros,

como si el alma pusiera en ellos, y muy abiertos los oídos, tanto que al terminar la plática no tuvo tiempo de cerrarlos y se le escapó por uno todo lo que había entrado por el otro».

No debemos olvidar, al tratar de «La Vena de Hierro», los tipos secundarios cuyos relieves de figuras de segunda fila están suficientemente acusados con los breves pero precisos trazos que el autor les dedica. Y son ellos el festivo Chapapote, segundo del Punta Rostrío; el bueno de Chalupa, ayudante de máquinas, y el inglés de las minas que trata de resolver su problema amoroso de una manera simple.

En «La Vena de Hierro» podemos admirar, sobre todo en la descripción del puerto de Valnizo y también en el encuentro del Punta Rostrío con la armada extranjera en alta mar, la manera de describir de Aguirre. Es este, consumado paisista —como dice uno de sus prologuistas (1)— pues no en balde era conterráneo de José María de Pereda y de Casimiso Sáinz». Bien «siente» el agua, cuando desgajada del cielo, encharca sin medida las llanuras palentinas, envuelto en la claridad lunática; bien describe el argentado de las calles y plazas, bien pinta el crepúsculo auroral escalonando paulatinamente las flechas burgalesas. Pero donde Aguirre se afirma maestro, es en las puestas del sol, calientes y rojas, dorando los palacios salmantinos o tiñendo en sangre el heroico suelo de los Arapiles. Acaso hay en ese amor al sol y sus fuertes efectos pictóricos, un contraste inconfesado con la impresión nativa de la Montaña tristemente envuelta en nieblas grises, opacas y disfumantes. El «paisismo» del autor sublíbase en la visión de las vetustas ciudades castellanas, a las que el cielo enluzca, comunicando a sus monumentos una psicología local y característica, por la que es plateada y legendaria León, dorada y riente Salamanca, gris y austera Ávila».

Recordemos siempre al hablar de las narraciones de Aguirre la bellísima descripción del Puerto de Valnizo a que antes nos hemos referido.

* * *

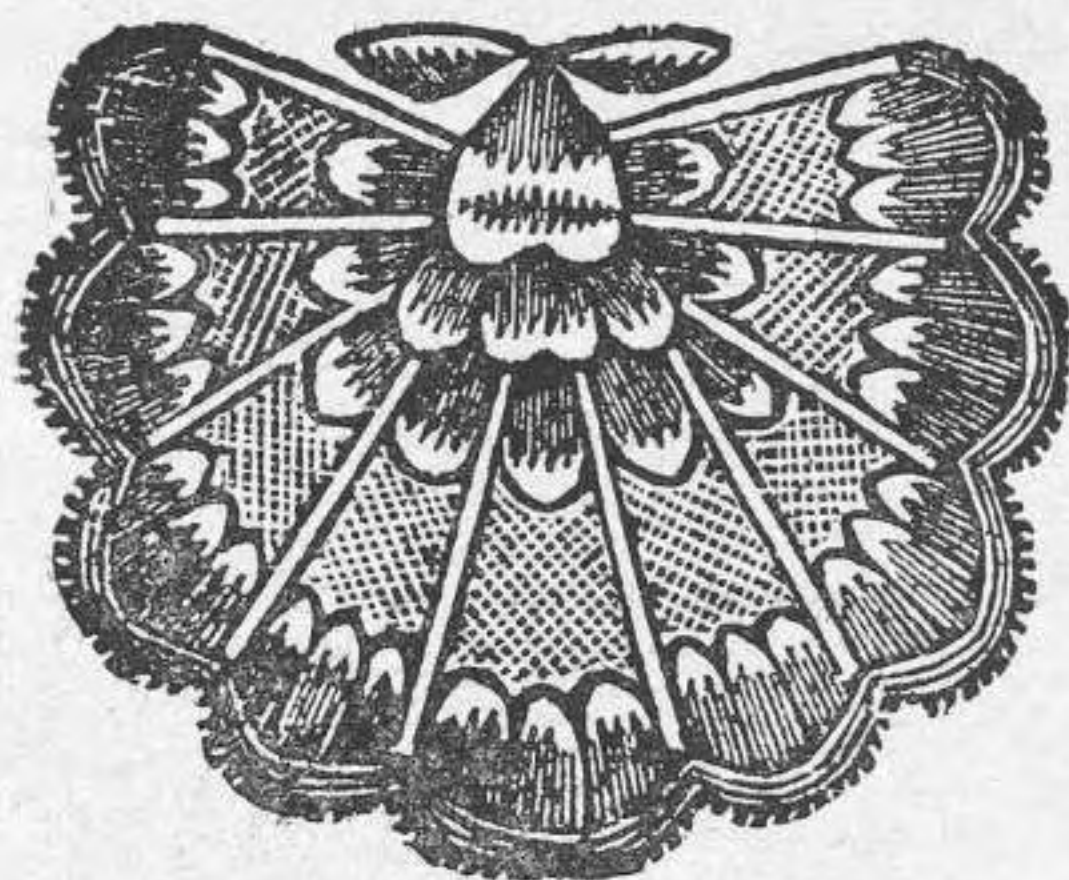
Y llegamos al final de la jornada, no porque no haya más trabajo que hacer sobre las obras del poeta, sino porque no queremos abusar de la benevolencia del lector.

Muchos de los que me lean tal vez conociesen en vida a José María de Aguirre. Ojalá que este recuerdo que se le dedica en estas páginas sirva para acercar a sus delicadísimas poesías y a sus elegantes y cas-

(1) Vicente de Lámpez. Prólogo citado.

tellanas prosas, muchos lectores que sientan y vivan unos momentos con él. Que el mayor mérito de un artista radica principalmente en que sus obras sepan comunicar al público la emoción que las inspiró. Y Aguirre logra llevar al ánimo del lector el sentimiento que dió vida a las suyas. Y ya sabemos de hace tiempo que para llegar al ánimo de la gente mejor que dirigirse al entendimiento es dirigirse a su corazón.

FRANCISCO DE NÀRDIZ





EL ALMA ERRANTE

I

Cierto día, no se levantó Cipriano, el de Manzaneda. Dijo encontrarse extraño y que avisaran al médico del pueblo. Vino éste, le reconoció de arriba a abajo y le preguntó luego:

—¿Sientes algún dolor?

—Ninguno. Sólo siento que no me encuentro bien.

—¿Pero, de qué? ¿De la cabeza...? Del estómago...?

—No sé... De nada fijo...

—Eso no es cosa. Algo que te ha sentado mal. La comida o el sol o el relente...

Le prescribió un purgante, dieta y agua de limón, con lo que al día siguiente, Cipriano se encontraba lo mismo y al otro también.

—Pues digas lo que digas, no es nada —insistía el facultativo.— Una flojera que te ha dado y nada más.

No obstante, para tranquilizarle, le recetó unos sellos y un jarabe. Los sellos, para la cabeza y el corazón. El jarabe, para la garganta, el estómago y el vientre. Así el mal no tendría escapatoria.

Dos días después, el presunto enfermo, decía hallarse peor y deseoso de que le reconociera otro médico. Vino el de Cumbrelisa, que era el más acreditado de los alrededores y otro famoso de la ciudad, que con el del pueblo se reunieron junto al lecho del paciente. Una vez reconocido por todos, el de Manzaneda, como más experimentado en Cipriano, habló el primero.

—El enfermo, a mi juicio, no tiene nada —dijo—. El pulso es regular, la temperatura normal. Su estómago ha funcionado siempre perfectamente. Tiene apetito, si bien es cierto que hace cuatro días que no come, en espera de los acontecimientos. Es un caso extraño de decaimiento por sugestión. El enfermo debe levantarse ya, comer y hacer la vida corriente.

—Imposible. No puede levantarse —dijo el de Cumbrelisa—. Lo asegura él y basta. Yo creo siempre a los enfermos, cuando dicen que lo están. El hombre que no es un alfeñique y se resiente, es que algo tiene. Ahora bien, ¿cuál es la enfermedad? En concreto, él no se queja de nada y esto, señores, lo considero de mal síntoma.

—Ambas razones de ustedes son muy atendibles —habló el de la ciudad, doctoralmente—. Sin embargo, yo creo que, ni del reconocimiento practicado, ni de sus manifestaciones, puede asegurarse si este hombre está enfermo o no lo está. Por lo que, en la duda, no debemos abandonarle. Estimo conveniente practicar ciertos análisis: Yo tengo allá laboratorio, como ustedes saben. Creo, asimismo, que no estaría de más una aplicación de los Rayos X al estómago o a cualquiera otra víscera: Yo tengo Rayos X. Debe, pues, trasladarse el enfermo a un Sanatorio de la ciudad: Yo tengo Sanatorio.

El médico de Manzaneda, tenía asalariado a Cipriano y el número de visitas no alteraba sus honorarios fijos. El de Cumbrelisa, para su fama, no había visto la cosa clara. Se aceptó, en consecuencia, la proposición del de la ciudad y se le hizo saber al enfermo.

Este calló discretamente, pero cuando los tres doctores salieron, dijo con resolución:

—No voy.

Su mujer le porfió, poniéndose de parte de los médicos, en una oscilante tesis que participaba de las tres opiniones emitidas.

—No será nada de importancia —le dijo—; pero algo tienes. Conviene verlo.

—Si no tengo nada —respondió él—, no los necesito. Si lo tengo, está patente su torpeza. ¿A qué entrar en averiguaciones forzadas? Ello dirá.

Se puso terco y siguió así, mientras apenas podía darse vuelta ni levantar los brazos. La cabeza se le hundía sin expresión de vida en las almohadas, y los ojos parecían hundírsele en la cabeza. Llegó a un estado en que se le abrían penosamente, se cerraban con lentitud y quedaban inertes durante largo rato. Alguno se acercaba entonces a tomarle el pulso, porque desconfiaban de que una de aquellas apariencias no fuera la realidad del fin. Él mismo lo decía:

—Me muero. Me muero.

Hasta que se quedó sin despegar los labios y con los ojos muy cerrados, tras una leve sacudida de todo el cuerpo...

II

Ahora entro yo. Yo era y sigo siendo de un pueblo próximo a Manzaneda, cuyo nombre no hace al caso, ya que no había de immortalizarse con mi historia. Traté algo a Cipriano tiempo atrás, antes que se casara. Esto había sucedido un año antes de su muerte. Bien suelen decir que una desgracia nunca viene sola. También con su esposa, cuando estaba soltera, había hablado algunas veces. Era una mujer muy agraciada, muy morena, de unos veinticinco años: diez menos que Cipriano. Pero con el matrimonio, yo no había estado nunca.

Cuento todo esto, para que conste que si me trasladé desde mi pueblo a Manzaneda con objeto de asistir al sepelio de Cipriano, no fué por rigurosa obligación de amistad. Acaso fué, más bien, porque estaba buen día y me entraron ganas de dar un paseo; o por charlar un rato con esos amigos que solemos encontrar de vez en cuando en alguna comitiva fúnebre; o por matar la tarde, únicamente. No sé porqué.

Lo que sí sé es que enterramos a Cipriano. Se comentó bastante su enfermedad extraña y luego no se habló más de ello. Yo me volví a mi casa y este es el momento de explicar cuál era mi vida en los puros ocasos de Agosto. Al atardecer, me iba por las praderías recién cortadas y me tumbaba sobre la yerba, cara al cielo. Solía llevar un libro de filosofía moderna, que no leía nunca, pues prefería absorberme en la contemplación del infinito celeste. En mis ensueños, me fundía con el universo y lo de menos entonces era mi cuerpo, sobre el que transitaban, confiadas, las arañas del campo. Mi alma se salía de él y se dilataba como una inmensa onda por el éter. Podía asegurarse que, en aquella hora, mi yo no se hallaba concretamente en ninguna parte.

Habría pasado un mes de la muerte de Cipriano, cuando mi alma, en una de aquellas románticas escapatorias, recibió allá, por las alturas, una inaudita sorpresa. Se encontró con el alma de Cipriano. No acierto a precisar cómo ellas se arreglaron para reconocerse; supongo que será algún privilegio que tienen las almas para entenderse a su manera. Recuerdo, desde luego, que la mía, del susto, estuvo a punto de regresar a metérseme en el cuerpo más que volando; pero la de Cipriano, que había dado una rara voltereta de contento, me la retuvo, suplicante, exclamando:

—Por favor, respóndeme: ¿Tu cuerpo vive aún?

—Claro que sí —le dije yo, es decir, mi alma, recobrando el valor—. Pero tú, ¿qué haces aún por el mundo, si puede saberse?

No me regateó el alma de Cipriano sus explicaciones. Asegurándome que andaba de un lado para otro del aire toda llena de preocupación y que había recibido un alegrón con encontrarme, volcó inmediatamente sobre la mía el relato de su odisea.

III

Cuando Cipriano se quedó en su lecho sin despegar los labios y con los ojos muy cerrados, una extraña sacudida había conmovido interiormente su cuerpo —aquella leve sacudida que se advirtió por fuera—, haciéndole sumirse en una sensación de inexistencia, que terminó al darse cuenta de que le tomaban una mano, se la posaban luego, lentamente y exclamaba una voz con solemnidad:

—Está muerto.

Inmediatamente, Cipriano se dió a pensar si ello sería posible. En su duda, quiso desmentir a aquella voz. Pero no pudo mover un solo músculo y entonces pensó muy seriamente:

—¿Será verdad que he muerto ya?

Notó que le alzaban de uno y otro lado; que violentaban sus miembros brutalmente. Pensó si sería aquello el purgatorio, desmintiéndose al no sentir dolor. Luego, cuando se sintió tendido, cruzadas las manos sobre el pecho, comprendió que habían estado amortajándole y reconociéndose decididamente difunto, echóse a pensar.

Por lo visto, los muertos se dan cuenta de lo que sucede en torno a su cuerpo, pero únicamente con el alma. De esto dedujo Cipriano que no sucedería ello por más tiempo que lo que el alma tardara en abandonar el cuerpo. Después, posiblemente, la sensación sería más amplia, más universal y acaso el mundo entero y todos los mundos estarían al alcance de su sensibilidad, como si él fuera dueño de los ojos de Dios. Con estos pensamientos, no deseó otra cosa que salir totalmente de aquella envoltura que ya no le servía más que de estorbo para abarcar el infinito. Y desearlo y conseguirlo, todo fué uno, al parecer, pues, sin demora sintió que ascendía veloz como una flecha hacia la bóveda celeste, en medio de los guiños placenteros de las estrellas.

Una espléndida claridad parecía brotar del vacío mismo en aquellas cumbres del espacio a que se había elevado vertiginosamente; los recuerdos de la existencia terrena quedaban como esfumados en su conciencia; en este estado, alcanzó una encrucijada etérea, que era la de los caminos de ultratumba. Almas y más almas afluían a ella, todas agobiadas de perplejidad, debido a su ignorancia del destino que les aguardaba. Aún en aquella encrucijada nada les indicaba la felicidad o desdicha de las rutas que emprendían sin vacilación, como empujadas por

algún destino fatal. De este modo inconsciente prosiguió su marcha Cipriano, hasta que se encontró a las puertas de la Mansión Divina.

De par en par hallábanse abiertas, pero alerta, para que nadie se colara de rondón, se encontraba el Santo Portero. Dió nuestro héroe, mejor dicho nuestra heroína, ya que se trataba del alma, su nombre y San Pedro quedó pensativo.

—¿Cipriano, dices? Que yo sepa, hoy no hay que recibir a ningún Cipriano.

El alma se quedó espiritualmente lívida.

—Recuerde bien, haga el favor...

—No, no. Estoy seguro. Te has equivocado. Aquí no es.

—¡Entonces...! —balbuceó, temerosa de dónde la mandarían.

—No comprendo cómo puedes haber errado el camino. Espera un instante y averiguaré.

Se retiró San Pedro a la portería. Dos almas aguardaban ya su turno, impacientes por entrar. El Supremo Portero preguntó por un tubo a las oficinas del Purgatorio, del Infierno y del Limbo, pero en ninguna parte se esperaba la llegada de aquel Cipriano.

—¡Cosa más extraña!—se peinaba las barbas San Pedro, pensativo.

Abrió el inmenso libro de los destinos y buscó la ficha del recién llegado.

—En efecto, el cielo te espera —le dijo por fin. Y como viera que Cipriano se adelantaba a pasar: —¡No, no! ¡Aguarda! ¡Hoy, imposible! Esta es una broma muy pesada.

—¿Pues...?

—Usted no está muerto aún, señor mío —elevóle de pronto el tratamiento.

—¡Que yo no estoy muerto!

—No señor.

—¿Pues cuándo lo estaré?

—¡Miren lo que quiere saber! ¿Se imagina usted lo que sufriría un hombre que supiera cuándo iba a morir? Ande, ande, vuélvase para abajo y no maree. Aquí queremos almas de muertos de verdad.

—¡Pero si mi cuerpo no puede moverse!

—Le habrán dado los médicos cualquier porquería, como si lo viera. Haga un esfuerzo.

Y le dejó plantado, yéndose a recibir a los otros. El alma de Cipriano, volviéndose alicaída hacia la tierra. ¡Con lo ágil e independiente que se encontraba, libre de la materia!

Su asombro fué grande al regreso. El cuerpo ya no estaba en el lecho. En casa, su mujer sollozaba, rodeada de parientes y amigos. ¡Le habían enterrado ya! El alma de Cipriano voló entonces, llena de alar-

ma al cementerio. E iba a penetrar a través de la tierra recién movida, cuando reflexionó que con meterse allí no adelantaría nada. En cambio, retornando a su casa, podría hallar fácilmente un modo de que se descubriera que no estaba muerto.

Pero esto se lo hizo esperar la inexperiencia de su nuevo estado. No tardó en comprender lo penoso de su situación. No podía hacer nada en el mundo ni aún en su propia casa, más que contemplar. Por espacio de varios días se pasó escuchando las conversaciones. Se hablaba poco de él, pero se referían otras muchas desgracias, sobre todo enfermedades raras y muertes inesperadas. Su mujer andaba cabizbaja, como pasmada y en todas las visitas que recibía, derramaba abundantes lágrimas. El alma de Cipriano se conmovía, se posaba en sus manos, en su rostro y por las noches procuraba internarse en los sueños de la desconsolada esposa, pero no conseguía hacerse sentir.

Al fin, comprendió que no le quedaba otro recurso que irse al cementerio, compenetrarse con su supuesto cadáver y esperar allí la muerte hasta la hora señalada en el libro del destino. Sin vacilaciones, tras este pensamiento, voló allá, traspasó el humus frío, las tablas humedecidas, pero ¡ay! era demasiado tarde.

Ya no podía decirse que fuera su cuerpo aquello que había allí encerrado. Sólo un montón de carne podrida y gusanos voraces. Nadie, ni en la tierra ni en el cielo, podía hacer creer que su cuerpo no estuviera bien muerto. Pero entonces, ella, ¿qué hacía allí cuando ya estaba corriendo el tiempo de los goces celestiales a que se hallaba predestinada? Perder unas preciosas horas de gloria, nada más.

Ascendió rápidamente hasta las puertas de la mansión celeste; San Pedro la miró acercarse, puesta una mano contra la frente, como esforzándose por reconocerla entre la imponente claridad.

—¿Quién eres tú? Vienes, sin duda, equivocada. Hoy no esperamos aquí a nadie. Parece que en la tierra anda cada vez peor el negocio de la salvación.

—Sí; creo que ahora traigo un poco de retraso —dijo tímidamente la viajera—. Me entretuve por allá abajo. Pero aquí está mi puesto. Yo soy el alma de Cipriano, que subí ya hace tiempo prematuramente, por equivocación.

—¡Y ahora vuelves a darme la lata! ¿Qué tripa se te ha roto? ¿Qué es lo que deseas?

—Entrar.

—¡Entrar!

—Sí. Mi cuerpo ha muerto ya.

—¡Claro que ha muerto! ¡Noticia fresca! ¡Pues no hace pocos días! ¿Y por qué no viniste entonces?

—Mi cuerpo estaba en el cementerio. Yo estaba en casa.

—¡En casa! ¡En casa! ¡Tendrías tú mucho que hacer en casa! ¡Ganas de vivir en el mundo, como todas! De seguro que mariposeando alrededor de tu costilla. Pues ahora toca las consecuencias.

El alma de Cipriano admiraba ruborosa la penetración del Supremo Portero, que acreditaba estar mejor enterado de las cosas del mundo que todos los porteros de acá abajo. Aquél seguía:

—Pues, hija, aquí no se entra por adelantarse, pero el que se retrasa, tampoco. ¡Aviados andaríamos si nos estuviéramos a caprichos! ¡Hala, hala!

Lentamente y acongojada, el alma de Cipriano se volvió a la tierra, a su casa. Le asolaba el desconcierto. ¿Cuál iba a ser ahora su existencia? Con seguir los pasos de su viuda, no se consideraba bastante feliz. Pero nada más podía hacer; ni siquiera arrastrar los muebles, ni dar gritos, ni arrojar piedras, para entretenerse a costa de los supersticiosos. Comprendió que todas estas supuestas facultades de los espíritus no eran más que fantasías de gentes fanáticas. Allan Kardec y sus prosélitos, hubieran visto en ridículo ante aquella alma tan deseosa de armar alboroto y, sin embargo, tan impotente.

IV

Me dí cuenta en seguida de la terrible huella que la materia había dejado impresa en el espíritu de Cipriano. Su alma continuaba como oprimida. Había tenido valor para mantenerse breve tiempo separada del cuerpo, pero sólo por egoísmo. Era aún como un rosal enclenque recién sacado de la sombra y necesitado de luz para recobrar su lozanía. Estaba, a mi juicio, demasiado acostumbrada a no pensar.

—Tú no sabes, estimada amiga —le dije— el tesoro que tienes a tu alcance. No debes molestarte si te aseguro, antes que nada, que el cuerpo en que tú estabas encerrada era un cuerpo vulgar, estoy por decir zafio. Seguramente en toda su vida no leyó Cipriano más de diez o doce libros y de ellos acaso la mitad eran novelas por entregas y en cambio se atracó de leer diariamente las informaciones telegráficas de la prensa. No quiso estudiar nunca; no viajó, apenas salió de Manzaneda y tú estabas siempre condenada a seguirle más unida a él que la sombra al cuerpo. Y aun cuando tu Cipriano hubiera sido un genio, no hubieras sido tú con él lo bastante libre. Es horroroso para un alma tener que hallarse subordinada a la materia todo el tiempo que ésta tenga de vida. Si no estuvieras tan habituada a vivir prosaicamente unida al cuerpo mortal, a estas horas bien te habrías dado cuenta de la inefable libertad que puedes disfrutar así. Gozas de un privilegio extraordinario que aún

no comprendes porque revoloteas por Manzaneda como una golondrina atontada. ¡Pero si eres libre, aérea, sutil y veloz, lo que no eras encerrada en tu cuerpo, ya achacoso y débil! ¡Si no puedes hacer presión alguna sobre la materia, eres, en cambio, dueña del infinito, alma excepcional de Cipriano, que vives en el mundo sin la rémora de materiales alifafes! Remóntate, vuela, en el tiempo y en el espacio, arriba y abajo, atrás y adelante. Tu sentido abarca la eternidad, el pasado y el futuro, convertidos para tí en presente, un tiempo que hemos querido crear los mortales en nuestras ansias de existencia y que sobre la tierra no puede pasar de ser gramatical convencionalismo. ¿Estás convencida? Sino, continuaré.

—Ya comprendo, ya —contestóme el alma de Cipriano, acaso también temerosa de que yo siguiera mi discurso.— Lo que tú me recomiendas viene a ser algo así como un cambio de aires para sacudir mis murrias... Como esas personas que hacen viajes por distraerse...

—Así es. Como esas personas que hacen viajes «porque se puede», según su dicho vulgar. Y tú tienes abiertos todos los caminos del universo para hundirte en ellos voluptuosamente, en lugar de correr por estas mieses, por donde Cipriano cazaba en vida codornices.

—Bien está tu opinión; pero me temo mucho que no me diera resultado. Para un alma sola, ese viaje ¿no sería aburrido?

—¡Esclava! ¡Esclava! —la increpé— las almas no debieran necesitar compañía. ¿No ves cómo la mía busca esta soledad del infinito en cuanto se libra su cuerpo de las obligaciones cotidianas? Son los cuerpos, la materia, la asquerosa materia, la que roe el espíritu, adulterándole, como lo está el tuyo.

—No, no. No creas que yo no me he alegrado de encontrarte para recibir consejo de tí, que sabes tanto, al parecer. Por cierto que en el mundo nunca oí que te ponderaran estos méritos.

—El mundo no suele darse cuenta de los méritos de las almas.

—Sin embargo, la tuya, al fin y al cabo, convive aún con el cuerpo y, sin que tú lo veas puede contagiársele el error. Tu discurso, tal vez no sea tanta verdad como tú crees. Al menos, a mí no me conmueve. Tú ya sabes que eso que censuras en Cipriano, se debe a que siempre fué poco amigo de correr mundo. En todas partes, mi yo terrenal vivió nostálgico del hogar, del terruño natal, apenas apartado de él. Desde que me casé, mucho más. Serán resabios de mi existencia material... esclavitud, como tú dices, pero te aseguro que no me entra deseo alguno de alejarme del pueblo, aunque esté en mí energía la capacidad de hacerlo y darme un atracón de universo. Más bien, es otra cosa lo que yo quisiera y por ello me he alegrado mucho de encontrarte. Porque tú podrías hacerme un gran favor.

—Con mucho gusto.

—¿Aun cuando te pida algo contrario a tus consejos?

—¡Si es tu voluntad...!

—Pues oye: Mi deseo es no seguir pasando inadvertido en mi casa ¿comprendes? Quiero que te presentes a mi viuda. ¡Pobre Casilda! Cuéntale mi nueva desgracia. Dile las angustias que paso por hacerme sentir. Dile que cuando come me coloco frente a ella, como cuando vivía mi cuerpo y cuando duerme me acomodo en su almohada, me enredo en sus cabellos y cuando llora en las visitas, beso sus lágrimas.

—Bien, bien; no es necesario que te pongas cursi, que ya te comprendo.

—Dile que piense en esto, que me hable, en la seguridad de que la acompaño y la escucho a todas horas. Estoy seguro de que, dentro de su pena, ella recibirá también con esto una gran alegría.

Le prometí a aquel alma desconsolada obrar conforme a sus deseos; aun me puso en algunos pormenores más íntimos y luego, casi sin darnos cuenta, nos separamos. El alma de Cipriano se alejó y la mía se volvió a su cuerpo, sobre el que reposaba un precioso saltamontes verde. Le miré hacer, pero en realidad no hacía nada. Se estaba allí, sujeto a la pechera de mi camisa, anguladas sus extremidades, como meditabundo y yo, inmóvil también, estuve mirándole largo rato, sin pensar en más. Al fin, el saltamontes, cumplió con su deber que era, por el momento, saltar y yo entonces me levanté y le aplasté sin compasión, acaso fastidiado porque él no había conseguido aplastar mi cuerpo mientras mi alma departía con el alma errante de Cipriano.

V

Dispuesto a cumplir lo prometido, me trasladé a Manzaneda a la mañana siguiente y me presenté en casa de la viuda. Mi observación inmediata fué que a Casilda le sentaba muy bien la viudez. Sin duda estaba ya repuesta de la pena primera y de los llores que tan conmovido tenían a su finado esposo. El luto esbeltizaba cuanto en su cuerpo había tendido levemente a engruesar durante el matrimonio y sus ojos negros se encontraban ya despejados de lágrimas.

Me disculpé de no haberla visitado antes y lo sentía realmente, porque la encontraba guapa de tal modo que hasta se me hacía comprensible que el alma de Cipriano se hallara muy a gusto en su casa, sin más aspiraciones.

Unos cuantos rodeos hube de dar para entrar en la causa de mi visita. Parte de los rodeos los producía lo extraordinario de la causa misma; otra buena parte, el gusto que sacaba de charlar con la viuda de cosas totalmente ajenas al muerto, lo que suponía yo que me agradecería mucho después de tanta visita impertinente como Cipriano me aseguró que había recibido. Pero como la dilación no excluía de mi mente el propósito de abordar el encargo, a él tuve que ir por fin. Y como cualquier medio de entrar en el asunto me parecía ridículo, fuéme indiferente la elección de ridiculez prologal y la espeté:

—Sabrá usted que el alma de Cipriano no ha entrado en el cielo.

Ella me miró de una manera extraña, de esa manera como, seguramente, se mira a los locos que empiezan.

—¿Qué dice usted?

—Que el alma de Cipriano no ha entrado en el cielo —repetí—. Me consta.

—¡Pero cómo puede usted saber eso!

—Por ella misma. ¡Es algo extraordinario, Casilda! Escúcheme y esté segura de que también Cipriano nos escucha, que está a su lado... ahí... acaso más cerca...

Asustóse la viuda y la encontré originalmente atractiva con la cara de espanto que puso, porque siempre he sentido gusto en ver asustada a una mujer por cuanto puede contribuir a recobrar su confianza el saber que hay un hombre a su lado. Pero no duró mucho el efecto de su sorpresa. Yo, que había procurado evitar en la conversación una sola laguna de tristeza en que pudiera verter sus lágrimas la viuda, la ví ahora reponerse con gran aspaviento, soltar una sana risotada y cruzar a la vez una pierna sobre otra; una reacción, en fin, plena de gracia, que me hizo reconocer al momento:

—Ciertamente, es muy razonable que usted no me crea lo que le digo. Pero escúcheme usted, ante todo.

Y empecé a referirle mi encuentro con el alma del malaventurado Cipriano.

Pero mi relato, si fiel a lo sucedido, careció, en cambio, de la suficiente expresión emotiva. El eco de la risa de Casilda resonaba aún en mis oídos, la contemplación de su postura sugestiva alejaba mis palabras de todo solemne gesto de convencimiento y referí los hechos fríamente, casi escépticamente, como si yo no hubiera sido realmente con Cipriano el protagonista, como si más bien fueran dichos por un tercero de equilibrado espíritu que no da trascendencia a sueños ni a supersticiones.

Ella siguió muy atenta mi relato, más tiempo sonriente que seria y con la corrección tan poco femenina de no interrumpirme hasta que

llegué a la negativa de Cipriano a emprender aquel viaje que yo hube de aconsejarle.

—¡Pues no tiene usted poca imaginación! —exclamó entonces, por todo comentario.

—¿Cree usted que basta la imaginación para ver todo eso? ¿Pues entonces qué va a decirme de lo que falta?

—¿Pero aún falta más? —replicóme, adoptando una actitud excesivamente seria.— Para broma, creo que ya es bastante.

Esta respuesta de Casilda, me disgustó sobremanera, como es natural.

—¡No, no! —protesté— ¡Usted no puede suponer que en estas circunstancias, haya venido yo a bromear! ¡Y menos, precisamente, a costa de los motivos de su penal!

—La verdad, pensando un poco en ello, parece que es imposible. ¿Pero cómo voy a tomar su cuento de otro modo, hombre de Dios? Tendré que creer en el supuesto más piadoso para usted, que ha sufrido una alucinación.

—Créalo, —le dije— aunque yo estoy seguro de que no ha habido tal. Pero déjeme terminar con el encargo que le traigo de parte de Cipriano.

—¿Un encargo también? —volvió a sobresaltarse Casilda, esta vez afectada y no muy complacida de pensar que pudieran mandarle recados de ultratumba.

—Sí. Cipriano quiere que usted sepa que continúa aquí; que está siempre a su lado, que se coloca junto a usted a la mesa y pasa las noches, recostado en su almohada. Y desea que, de vez en cuando, le diga usted algo a su espíritu, le acaricie con el pensamiento, ya que no es posible de otra manera, y le trate con mimo.

Aquí sufrió la viuda un nuevo cambio. Lanzóse a sollozar y exclamó, agobiada de congoja:

—¡Calle usted, por favor!

La obedecí, mientras siguió por un minuto hecha un mar de lágrimas, a la par que insistía, como si continuara sonando en sus oídos la demanda de Cipriano:

—¡No siga, no siga, por Dios!

Bueno será explicar, ya que antes no lo he dicho, que estábamos sentados frente a frente en dos sillones que formaban ángulos con el sofá de una salita brevemente amueblada y adornada con cromos y numerosos retratos por las paredes. Aquella angustia insólita de Casilda, me conmovió y como mi prudente silencio no parecía llegar hasta ella —pues también los silencios suelen quedarse en el camino— decidí convencerla de que ya no hablaba, acortando la distancia que nos separaba.

—Casilda, perdóneme usted, yo no he querido...

—¡Yo, que al principio le agradecía tanto su visita! —lamentóse ella.— ¡Cómo había de pensar que pudiera traer el propósito de hacerme pasar un mal rato!

—Pero sí, en realidad, la historia no le ha hecho sufrir mucho —traté de convencerla.— Al menos, hasta este momento, no había dado muestras...

—¿Y le parece a usted nada este momento? ¿Le parece que es plato de gusto el pensar que vaga el espíritu de mi pobre marido alrededor mío? ¿Cree usted que podré andar a gusto sola por casa? ¿Cree usted que me podrá sentar bien la comida? ¿Cree usted que me será posible dormir tranquila...?

—Pues no piense en ello —tuve, en vista de sus temores, la debilidad de aconsejarla.

¿Habrá algún hombre que no hiciera otro tanto ante una mujer tan bella y tan triste? El alma de Cipriano estaría, con seguridad, atenta a nuestro diálogo, pero yo no podía apartarme de la realidad, de la cortesía más elemental, es decir, de tranquilizar a la viuda y de sustraerla aquella mala impresión. Y como soy un convencido de que nada distrae tanto a una mujer como una oportuna galantería, galanteándola acabé:

—¡Qué bien le sienta a usted el luto, Casilda!

Serenóse su rostro, cruzó ya por él el destello de una sonrisa y limpióse con rapidez las últimas lágrimas para contestarme:

—No crea usted. Es muy triste. Preferiría estar sin él un poco más fea.

VI

Como yo estaba bien seguro de que mi encuentro con el alma de Cipriano no había sido tan solo una alucinación cual suponía su viuda y me acosaban ciertos pesares de no haber cumplido su encargo tan seriamente como el caso merecía, tuve invencible reparo en volver a tumbarme boca arriba en el campo para identificarme con el éter y empecé a dedicar muchos atardeceres a llegarme de paseo hasta Manzaneda. De este modo, Casilda y yo comenzamos a vernos con alguna frecuencia y a mí me era en todo instante más grato el coloquio con la gallarda viuda que departir por los espacios siderales con el alma de su difunto.

Cuando al albur salía el nombre de Cipriano en nuestra conversación, su recuerdo no dejaba estela.

Sin embargo, después de cada entrevista, al regresar hacia mi casa, acometíame un pesar, una opresión en la conciencia de la que no bastaba a distraerme el pensar en Casilda, en sus risas jóvenes cada vez más abundantes, en su soledad y en sus ojos negros. Y me daba a meditar que se debían aquellos síntomas de remordimiento a la suposición de que el alma de Cipriano permanecería pendiente de todos nuestros actos.

Tanto me fuí aferrando a esta idea que inclusive dejé de sentirme feliz junto a la belleza seductora de Casilda —cada vez más seductora para mí, lo que era bien significativo— y decidí volver sobre el tema que ella con sus risas y sus lágrimas había enterrado en la primera entrevista.

—Oyeme, Casilda —le dije, pues ya nos tuteábamos—. No me encuentro tranquilo. Siento en mi conciencia que no he cumplido con mi deber.

Y le recordé los motivos de aquella mi primera visita, repitiéndola, en breve resumen cuanto entonces le había referido: la situación del alma de Cipriano, sus inquietudes y sus anhelos. Ahora, por fortuna, no aparecieron risas en los labios de la viuda ni lágrimas en sus ojos; pero, en cambio, para mi desgracia, se le formó una extraña arruga entre las cejas, de la que se me antojaba salían sus palabras.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres decirme con esa cantinela? ¿Es que pretendes volver a la broma del primer día?

—No fué broma, te lo juro.

—Supongamos que no fuera broma. ¿Y qué, entonces?

—¿Cómo y qué? Si, en efecto, el alma de Cipriano anda por aquí, comprenderás...

—Comprendo una cosa. Y el alma de Cipriano ha debido comprenderla también y no pedir gollerías. Yo he llorado su falta y bien la siento, eso tú lo sabes. Rezo por él; incluso pido a Dios, desde que me hiciste ese relato, que recoja el alma de Cipriano si es que anda extraviada como dices. Pero comprenderás que sería ridículo que yo me pasara el día en casa hablando sola y lanzando al vacío miradas tiernas. No, hijo; eso sí que no. Yo creo, como tú, que él debió obedecerte y ya que su alma no encontrará barreras que la impidan dilatarse, ha debido emprender ese viaje y dejarnos por acá abajo a los pobres mortales. Y para que así llegue a ser, puesto que tú conseguiste un día llegar hasta ella, vuelve una tarde a tumbarte sobre las mieses y manda a tu espíritu en busca del espíritu de Cipriano. Le dices que le he querido mucho y que tengo en gran estima su intención, pero que me da tanta pena no poder verle, que prefiero saberle de viaje, entretenido por ahí. Dile tam-

bién que acaso le convenga acercarse a las puertas del cielo. Puede ser que por último se compadezcan y le dejen pasar. Y, en último caso, tal vez con un poquito de coba...

Yo miraba a Casilda. Era sincera en todo, evidentemente. Había sentido en sus entrañas la muerte del marido, pero no le agradaban sus pretensiones póstumas. Miré sus ojos negros y cuanto me había dicho con palabras explicómelo aún mejor con el brillo juvenil de su mirada.

Y, sin vacilación, la prometí que volvería en busca del alma de Cipriano.

VII

Pero caminando hacia mi casa después de aquella oferta, meditando sobre la aparente firmeza de mi propósito de dejar satisfecha la voluntad de la viuda, entré en vacilaciones.

Tendría que meter nuevamente bajo el brazo un libro de filosofía moderna, para despistar, camino de las praderías, bien seguro que pensando más que en el alma descuidada de Cipriano en el cuerpo cuidadísimo de Casilda. Y no eran ya las tardes precisamente de Agosto; finaba el estío, anochecía pronto y aun en días cálidos solía refrescar bastante la atmósfera antes de titilar el véspero. Tendría, sin embargo, que tumbarme cara al cielo sobre el verde retoño de los campos, a costa de pescar un resfriado. Mitad en Casilda, mitad en Cipriano mi pensamiento, era casi seguro que mi alma permanecería perpleja en salirse del cuerpo, como en esas pesadillas en que una angustia interna acoquina nuestra voluntad. Veríame precisado —¡horror de horrores!— a abrir el libro de filosofía para aumentar el caos en torno a mi espíritu y animarle a divorciarse de la materia. Y si tras no pocos esfuerzos lograba al fin expandirle hacia el infinito, ¿conseguiría tropezar con el alma de Cipriano.

Si no la tropezaba, tiempo perdido. Mas si daba con ella... no quería pensar lo que pudiera suceder. Evidentemente, este era el motivo de mis imaginaciones: el gran temor de encontrármela. Quería evitar esto a todo trance y para ello eché mano a la lógica, que suele ser arma acomodaticia.

Si, como era de suponer, dado el fracaso de mi primera entrevista, el alma de Cipriano se había alejado ya de Manzaneda, yo no tenía necesidad ninguna de perder un crepúsculo por el campo. Y si no se había

marchado aún, permanecería junto a su esposa cuando habló y habría oído, necesariamente, su opinión y su consejo, de manera que resultaría obvio entrevistarse «anímicamente» con ella para que emprendiera el viaje, porque la sanción de Casilda era concluyente.

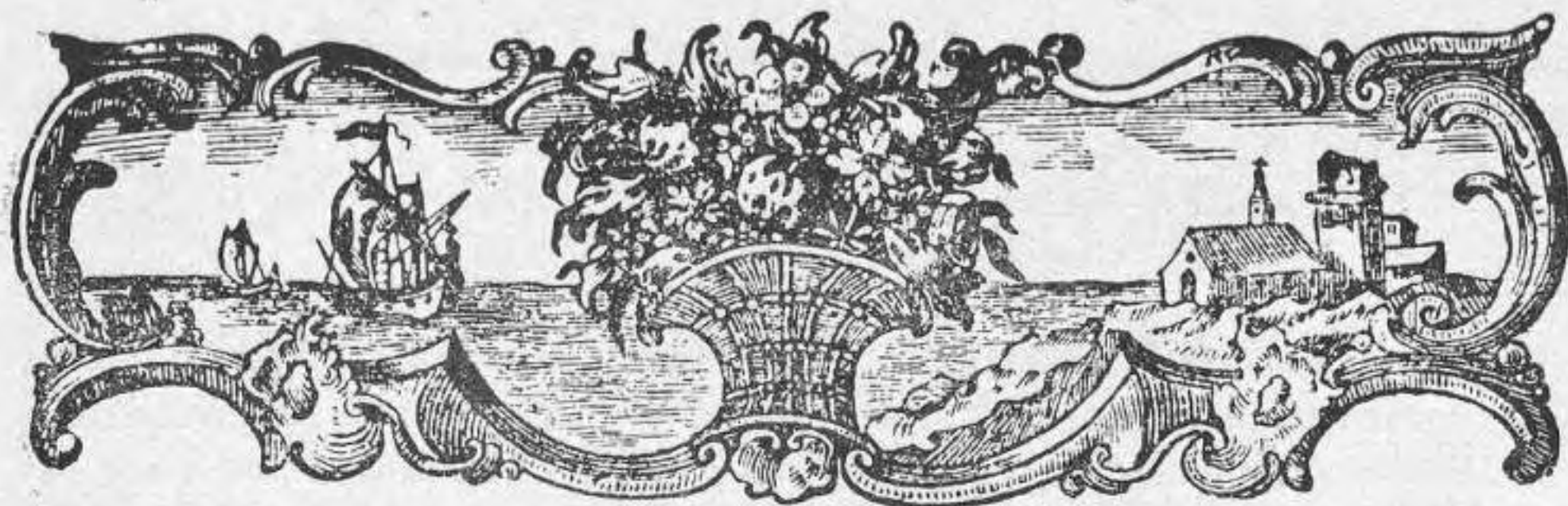
Y, en virtud de estas consecuencias, al otro día no tuve duda alguna de no mentir, al presentarme ante la sugestiva viuda sin cumplir su mandato y decirle:

—Ya se fué.

Ella dedicó la última sonrisa triste —una sonrisa de despedida— al alma atribulada y errante de su difunto y no me preguntó siquiera por menores de la irrealizada entrevista.

FRANCISCO CUBRÍA SAINZ





ICONOGRAFÍA FUNERARIA MONTAÑESA

EL ESCRIBANO LUCAS DE HERMOSA
Y SU MUJER
DOÑA MARIANA DE MATIENZO

CAPILLA DEL ANGEL. LOS PRADOS (LIÉRGANES)

En el año de 1646, el escribano de la Junta de Cudeyo, Lucas de Hermosa, y su mujer Mariana de Matienzo, ya entrados en años sin lograr sucesión, edificaron adosada a su casa de Los Prados una capilla muy decente dedicada al Santo Angel de la Guarda, en donde pensaron fundar capellanía con la mayor parte de su hacienda. Junto a los muros laterales de la capilla levantaron sendos monumentos sepulcrales compuestos de un arco encuadrado por zócalo, dos pilastras y frontón rematado por un prisma; para completar el enterramiento mandaron labrar sus bultos orantes, pero cuando éstos llegaron no pudieron ser alojados dentro de los arcos a donde se destinaban por tener éstos menos fondo que la anchura de los bultos, siendo preciso dejarlos sobre el suelo de la capilla, bajo un toral, que es donde hoy se encuentran.

En el zócalo del monumento del lado del Evangelio hay una inscripción en caracteres romanos incisos que dice:

AQVI YAZE SEPVLTADO LVCAS DE HERMOSA HALBEAR
FVNDADOR DESTA ERMITA, SEÑOR DESTAS CASSAS, EN
COMPAÑIA DE DOÑA MARIANA. AÑO DE 1660

Y en el que se corresponde con él al lado de la Epístola:

AQVI YAZE SEPULTADA DOÑA MARIANA DE MATIENZO
FVNDADORA DESTA CAPILLA Y ENTIERRO, MVGER Q.
FVE DE LVCAS DE HERMOSA

Artísticamente las estatuas no ofrecen gran interés; debieron de ser hechas por uno de tantos tallistas de armas que vivían en Trasmiera y a quienes es imposible negar arte y habilidad extraordinarias para labrar un escudo con las complicadas figuras de su campo; con sus lambréquines, tenantes y sostenes, pero que en lucha abierta con las tres dimensiones, sin un dibujo previo que seguir, no consiguen dar a las masas la ponderación y forma que el arte exige.

En cambio, dominaban la labra de detalles, pues habituados a hacer el damasquinado y plumas de los yelmos, las estilizadas melenas de los leones, el perfil de los delfines, el cuerpo y rostro de las sirenas o las mil combinaciones de veros, veneras, panelas y armiños que exige la ciencia del blasón, les era fácil labrar los encajes de los cuellos, el acuchillado de las mangas, la larga botonadura lateral de las calzas, la rizada lechuguilla, etc. Por lo demás, el artista se limita a copiar con el mayor naturalismo de que es capaz, la imagen que le han puesto delante.

No dejaron los Hermosa una obra de arte en sus orantes, pero sí



Los Prados.—Casa de los Hermosa

nos legaron el tipo de nuestro escribano del siglo xvii, edad de oro de la pleitomanía montañesa en que las viejas luchas de linajes reverdecen, sustituyéndose las ballestas y azconas por las leyes y premáticas, y la encrucijada y el callejón oscuro por «la Real Chancillería que reside en la ciudad de Valladolid.»

Era imposible que en nuestra numerosa colección plástica faltara la imagen de un representante de aquella profesión, la más popular entre las varias que producen los diversos estratos sociales de la época, y la tenemos en la orante de Lucas de Hermosa y Alvear, escribano del número y Ayuntamiento de la Junta de Cudeyo durante el segundo tercio del siglo xvii.

En la orante de Los Prados aparece el escribano como un hombre de grave continente, de complexión hercúlea y tosca figura. Su melena llega hasta tocar el ancho torso, las guías del bigote ascienden por la mejilla hasta el pómulos y del mentón brota la recortada mosca. Viste valona de encaje, jubón de paño de manga larga con largas cuchilladas en las partes anterior y posterior que dejan ver la camisa; la costura que une la manga al jubón va adornada con botones, lleva calzas sujetas por bajo de las rodillas con lazos de seda y decoradas a lo largo de la costura exterior con sendas filas de botones; cubre las piernas con medias de aguja y los pies con zapatos guarnecidos de pequeñas hebillas. Delante de la estatua, sobre un plinto adecuado cubierto por un paño a manera de mantel se hallan el sombrero de copa cilíndrica y los guantes.

Es curiosa la comparación de esta indumentaria del escribano con la de su contemporáneo el Licenciado don Tomás del Corral, cuya estatua se conserva en la ermita del Rosario de Tanos. El Licenciado lleva capa, prenda que no usa el escribano, y golilla almidonada, que en la estatua del escribano se sustituye por valona blanda.

Con el solo dato de estas dos esculturas ¿podremos generalizar y decir que los escribanos montañeses del siglo xvii no eran caballeros de capa y espada y sí los abogados? En otro artículo volveremos sobre el tema de la indumentaria de los hidalgos montañeses de aquel siglo. Ahora permítanos el lector que sigamos tratando de la figura de Lucas de Hermosa, pues a los que hemos pasado muchas horas de nuestra vida respirando el polvo de los protocolos escribaniles, hasta llegar a familiarizarnos con la letra, sintáxis y pensamiento de los que los escribieron, no puede por menos de atraernos la única representación plástica que se conserva de aquellos funcionarios.

Lucas de Hermosa asistiría a la iglesia de Santa María de Cudeyo cuando a son de campana tañida se reunían bajo sus naves los señores Alcalde, Justicia y Regimiento de la Junta de Cudeyo y allí levantaría acta de lo que tan honrados varones disponían para bien de la repúbli-

ca y servicio de ambas Majestades; como clavero guardaría una de las llaves del archivo de la Junta. A su casa de Los Prados acudirían el vendedor y el comprador del prado segadío, de la heredad de pan llevar o de la llosa y ante él el adquirente entregaría el precio convenido en buena moneda de Castilla; acudirían también el censualista y el censatario para otorgar la escritura de fundación o reconocimiento del censo; el maestro de cantería, contratista de la casona, la cerca, la ermita o el molino con el que intentaba hacer aquellas obras para estipular sus condiciones; el finchado hidalgo que quería fundar capellanía colativa o agregar nueva hacienda al heredado vínculo; el que litigaba su hidalguía ante la Chancillería de Valladolid con los testigos que presentaba para acreditar su condición... Otras veces saldría el escribano de su casa (ginete en escuálida yegua con la cría al pie), con el papel sellado bajo el brazo, el tintero de cuerno y la pluma de ave a autorizar el testamento del convecino *enfermo en cama de enfermedad que Dios Ntro. Señor quiso darle pero en sano juicio y entendimiento natural*; otras a la más agradable tarea de autorizar unas capitulaciones matrimoniales en el estrado de la casona... Y así monótonamente pasaría su vida, una vida larga y sin sobresaltos ni emociones como eran las vidas de nuestros abuelos de aquellos siglos cuando la ambición no les sacaba del valle nativo en busca de honores y fortuna. Mientras tanto la casona de Los Prados se iría llenando de legajos de papel sellado, en cuyos apretados renglones quedaba escrita día tras día la historia interna del valle y de sus linajes.

Las tareas escribaniles de Hermosa solo serían interrumpidas en los períodos de su vida, en que la suerte y el sufragio de sus convecinos le hacían empuñar la vara de Alcalde de la Junta de Cudeyo. Consta que la rigió con aplauso unánime en 1649, en cuyo año le encontramos formando el padrón distintivo de estados del lugar de Liérganes, junto con los empadronadores Pedro de Mazas y Francisco de Sotorrío ante el escribano Bernardo de la Sota.

La orante de doña Mariana de Matienzo y Arredondo, esposa de Hermosa, viste camisa abotonada, justillo ceñido o sobregonel, corpiño y saya, todo cubierto por elegante manto graciosamente plegado sobre la frente y cuya cola se recoge con una pinza bajo la cintura. Esta indumentaria es exacta a la de doña María de Quijano, mujer del Licenciado Corral (cuyos bultos ya hemos dicho que se conservan en la capilla de Tanos) y ambas coinciden con las prendas enumeradas en los inventarios de vestidos de otras señoras montañesas del siglo xvii, lo cual nos permite asegurar que esta era la indumentaria corriente entre ellas.

En los últimos años de la vida de Lucas de Hermosa, todas sus



El Escribano Lucas de Hermosa

ilusiones se concentraron en la capellanía que pensaba erigir con toda su hacienda en la ermita de su casa, donde esperaba que perpétuamente se habrían de celebrar misas por su alma, por la de su compañera y por las de los mayores de ambos.

Conocedor por la experiencia de su oficio de las múltiples maneras de burlar la voluntad de los fundadores de obras pías, cuando por su testamento hecho junto con su mujer en la casa de Los Prados el 11 de abril de 1656 ante Domingo de la Carcoba Rubalcaba, escribano del número y Artillería de la Junta de Cudeyo, se decide el matrimonio a dejar todos sus bienes a una capellanía familiar, el escribano redacta meticulosamente numerosas cláusulas encaminadas a buscar la perpetuidad para su fundación. Principal núcleo de la hacienda fundacional serían «nuestra casa de Los Prados, toda entera y la huerta de viña que está entre las dos casas de molinos que tenemos circunvecinos y va desde el camino al calce, que ambos molinos se componen de cinco rodeznos molares. Y más sobre una rotiza de castaños, nogales y prado segadío» y otros bienes.

En la capilla se había de celebrar misa rezada los domingos, lunes, viernes y sábados de cada semana y las fiestas de precepto, y cantada los días de los santos de los fundadores —San Lucas y Santa Ana— el de la advocación de la capilla —Santo Angel de la Guarda— y el de San Lucas, muy venerado en la Junta de Cudeyo. Además, los sábados, una hora antes de ponerse el sol, debería el capellán tocar la campana de la ermita para llamar a los vecinos de Los Prados y cantar juntos la Salve de la Virgen, enseñar después el catecismo a los niños y al final rezar arrodillados un Padrenuestro por las almas de los fundadores.

Los bienes que para tales fines dejaba el escribano calculaba que re-dituarían 3.000 reales más las crías del ganado, nada escaso por cierto, de la casa, con lo que la capellanía sería de las mejor dotadas del país (1).

(1) En otras cláusulas de este testamento disponen «que nuestros cuerpos sean sepultados en la nuestra hermita del Angel de la Guarda, que Dios con su divino auxilio y licencia que tubimos del Ordinario, fundamos agregada a nuestras casas, sin embargo de tener, como tenemos, sepolturas y asientos propios en la parroquial de este lugar y capilla del Apóstol Santiago...»

Más adelante disponen que sobre sus cuerpos no se ofrende más que cera «porque nuestra intención es reducir a misas lo que había de ser pompa y que si algunas personas de dentro o de fuera del lugar trujeren ofrenda por nosotros la lleven a la dicha parroquia (de Liérganes) sobre la sepultura que tenemos como propia de nuestros señores Padres y suegros, porque nuestra intención, como dicho es, va dirigida a no perjudicar al derecho parroquial...

Doña Mariana deja misas a la Virgen del Soto (Toranzo), a la de Miera, a Nuestra Señora de los Llanos y al altar de Nuestra Señora de Liérganes. Ordena que se manden a estos Santuarios y conventos velas de media libra de cera y dispone mandas a la iglesia de San Martín de Matienzo y que se la digan ciertas misas en el convento de San Francisco de Santander.

Cinco años después de otorgado este testamento, el 30 de agosto de 1661, hallándose don Lucas enfermo de tan grave dolencia que no le permitió firmar, otorgó un codicilo —ante su colega Diego de la Carboba— cuyo principal objeto fué disponer de la escribanía. Había querido donarla a su hermana doña Inés de la Sierra Velasco, vecina de Agüero y residente en Burgos, a cambio de que esta señora redimiese dos censos que gravaban la hacienda del escribano, y en una conversación sostenida por los dos hermanos en Agüero el año 1652, parece que doña Inés se mostró conforme con el trato, pensando agregar la escribanía al mayorazgo de su casa de Agüero (1), pero después cambió de modo de pensar, originando serio disgusto a su hermano y como éste comunicara el caso con su deudo el Licenciado don Andrés de Hermosa, vecino de Hermosa, éste se comprometió a la redención, recibiendo en pago la escribanía.

Poco después murió don Lucas, y su viuda doña Mariana, muy pagada de su linaje de Matienzo, usando de cierta cláusula del testamento mancomunado de 11 de abril de 1656, según la cual el cónyuge superstite podía variar a su gusto lo estipulado sobre el capital de la capellanía, hizo donación ante escribano el 23 de octubre de 1664 de toda la hacienda de Los Prados a su sobrino don Felipe de Matienzo, Caballero de Alcántara, Secretario del Duque de Montalto, Mayordomo Mayor de la reina doña Mariana de Austria, con la condición de que destinara cien ducados anuales a sostener las cargas de la capellanía, las que ahora quedaban reducidas a tres misas rezadas semanales y la Salve de

(1) Dice así el testamento de 1656 en la parte referente a la escribanía:

«Yten decimos que para desempeñarnos de dos censos que tenemos contra nos que están expresados en dicho libro de memoria y sus réditos tuvimos siempre intención que el oficio de escribano de este número que tenemos perpetuado por títulos reales se vendiesen para nuestra hacienda y yo el dicho lo comuniqué con la señora mi hermana doña Inés de la Sierra Velasco, que al presente reside en la ciudad de Burgos, estando el año pasado de 652 en sus casas en el lugar de Agüero, donde es vecina, y tratamos de que ella le comprase para agregarle a dicha su casa y vino en ello y en desempeñarme de dichos censos.

»Y porque el dicho oficio con sus papeles es de valor de seiscientos ducados y así cuando la dicha señora mi hermana después de mi muerte, o su sucesor en dicha casa, quisiere el dicho oficio, le tome por cien ducados menos del dicho valor o del que dare otra persona que le quiera tomar, porque mi intención ha sido y es que si antes de mi muerte o de la dicha mi mujer yo no vendiere dicho oficio de escribano y me desempeñare destos dos censos, le tome la dicha mi hermana o su sucesor de la dicha casa de la Sierra de Agüero por los dichos cien ducados menos de su valor, en atención a lo que la estimo como tan buena hermana y las demás (?) con las que de atrás me es obligación y ella lo sabe como yo, y lo que la asistí cuando me hallé con disposición en sus cobranzas de juros y otras asistencias de mi casa y que también sabe el poco caudal que nuestra madre y señora dejó y los muchos empeños... y que el caudal que he podido conservar lo he aplicado a Dios que me lo dió y a una ermita donde por siempre tengo confianza en la clemencia de mi Dios se rogará y hará sacrificios por las almas de dicha mi hermana y mía y mi compañera...»



Doña Mariana de Matienzo

los sábados y de que a la muerte de don Felipe había de suceder en aquellos bienes su hijo don Mateo, sobrino predilecto de doña Mariana.

Con esta disposición resultaba falsa aquella inscripción que, sin duda a raíz de otorgar su testamento, mandó grabar el piadoso escribano en una piedra de la tapia frontera a su capilla:

LOS QUE ESTA ERMITA FUNDARON
NO TIENEN BIENES SIN DIOS
Y EN ESTA ATENCIÓN LOS DOS
AL MISMO DIOS LES DEJARON (1)

Pero a don Felipe se le antojaron excesivas las cargas con que su tía le hacía la donación y renunció a ella solemnemente al mismo tiempo que enviaba a la Montaña a su hijo don Mateo para que tratase directamente con su tía la manera de cambiar las condiciones de la cesión, si insistía en ella doña Mariana. Hubo la viuda de modificarlas en tan favorable sentido para los Matienzo, que fundó un mayorazgo con todos los bienes propios y de su difunto marido en cabeza de don Felipe sin más carga que la de 50 ducados de vellón anuales para pago de un capellán que dijera en la ermita de Los Prados tres misas semanales, incluidas las de los días festivos.

El 17 de noviembre de 1672, cargada doña Mariana de años y de achaques, otorgó un nuevo testamento ante el escribano de Liérganes Carcobá Rubalcaba, en el que dispuso de los bienes muebles y semovientes que había reservado para su uso personal al tiempo de hacer la donación universal de sus bienes a su sobrino. Manda que se la entierre en la ermita de Los Prados, que se le haga en ella funeral de cuerpo presente con el mayor número posible de sacerdotes que pudieran juntarse en los contornos y que sobre su sepultura y la de su marido se pongan sendas velas encendidas y una torta de pan siempre que se celebre misa. Deja el derecho de sepultura y el banco preferente que tiene en la capilla de Santiago de la parroquia de Liérganes al mayorazgo de Los Prados. De allí a poco murió doña Mariana de Matienzo.

Parece que la desgracia perseguía a aquel mayorazgo, hecho con detrimento de una fundación piadosa: el 14 de enero de 1677 comparecía

(1) Esta inscripción, que aún existe, fué copiada por Amador de los Ríos (*Santander*, pág. 346) lo mismo que otra que aparece en el dintel de la puerta de la tapia que cierra los molinos de Los Prados y que aludiendo a ellos dice:

A GLORIA Y HONRA DE DIOS
QUE PUSO MEDIDA Y TASSA
ESTAMOS GANANDO DOS
PARA EL DUEÑO DESTA CASA.



Parte posterior de la estatua de doña Mariana de Matienzo

don Felipe de Matienzo ante el escribano de Madrid don Juan Bautista Rivera y después de declarar que su hijo don Mateo había muerto y extinguiéndose con él el linaje de Matienzo por ser hijo único y hallarse en avanzada edad, tanto el otorgante como su esposa doña Antonia de Morales, pasaba a nombrar sucesor en el mayorazgo usando de la facultad que le había otorgado doña Mariana en el testamento.

Fué designado en primer lugar don Carlos de Cerecedo Matienzo, originario de Matienzo, donde tenía casa y hacienda; a falta de éste, don Juan de Cerecedo Matienzo, Caballero de Santiago, Contador Mayor de Alcabalas Reales en el Reino de Nueva España, sobrino del otorgante y

hermano mayor de Carlos, el primero llamado (1). A faltade estos dos hermanos y sus descendientes se nombraba heredera a doña Teresa de Matienzo, sobrina del otorgante, mujer de don Luis de Mora y Villalta, Regidor de la ciudad de Málaga y vecino de ella. Y a falta de todos los anteriores y sus respectivos descendientes a don Juan Antonio de Hoyos Mazateve, sobrino más lejano del otorgante y vecino de Madrid.

(1) Don Carlos de Cerecedo y Matienzo nació en San Miguel de Aras el 6 de octubre de 1626 y casó en el mismo pueblo con doña Luisa de Valle Rozadilla, natural de Colindres. Tuvieron descendencia.

Don Juan de Cerecedo y Matienzo ingresó en la Orden de Santiago en 1641 y ya hemos visto que en 1677 era Contador Mayor de Alcabalas Reales en Méjico.

Estos hermanos eran hijos de don Francisco de Cerecedo y Pérez Ballesteros (nacido en San Miguel de Aras el 27 de octubre de 1592 y Caballero de Santiago en 1641, el mismo año que su hijo Juan) y de doña María de Matienzo, natural de Madrid, hija ésta de don Felipe Matienzo, natural del lugar de su apellido en Ruesga, Familiar de la Inquisición de Toledo y Alguacil Mayor de ella en la villa de Laredo. Hermano de este don Felipe fué don Pedro de Matienzo que vistió el hábito de Santiago.

Ver Escagedo, *Solares Montañeses*, tomo IV, pág. 144 y tomo VI pág. 199, y al mismo autor *Indice de montañeses ilustres*, pág. 59.

Al otorgar esta escritura tuvo muy presente don Felipe de Matienzo la gran veneración y estima que la fundadora del mayorazgo demostró siempre por su apellido, especialmente cuando muerto su marido y sin hijos el matrimonio perdió todo contacto con los Hermosa. Estimación y cariño concentrados en su joven sobrino don Mateo de Matienzo, en quien sin duda pensaba doña Mariana cuando usando de la facultad concedida por su marido para modificar la fundación, facultad concedida más bien formularia y galantemente que con propósito de que se hiciera efectiva, mermó considerabilísimamente la fundación que había sido la gran ilusión de los últimos años del escribano. Atendidas aquellas circunstancias tuvo don Felipe un último recuerdo cariñoso para su tía y dispuso «que todos los llamados y sucesores —en el mayorazgo de Matienzo— hayan de llamarse y firmarse en primer lugar por el apellido Matienzo y usar de sus armas de él en escudos y sellos, y si quisieren con ellas más armas han de poner en primer lugar y al lado derecho del escudo las de Matienzo *sin que en esto se pueda dispensar*». Se componían éstas de escudo de plata, un árbol en un prado y un montero con un lebel de trailla que mete a un jabalí un venablo por la boca, más una torre y en lo alto de ésta una doncella.

Pero el hombre propone y Dios dispone, y ya en los últimos años del siglo XVIII los señores de la casa de Los Prados ni se llamaban Matienzo, ni usaban las armas de este linaje (1).

FRANCISCO G. CAMINO Y AGUIRRE

(1) Debo a la amabilidad de mi buen amigo don Emilio López Bisbal, el haber dispuesto de la documentación de la casa de Los Prados de que me he valido para redactar este artículo.



LOS MAESTROS PINTORES Y DORADORES JACINTO Y FRANCISCO DE LA CASTAÑERA OBREGÓN

SUS PROCEDIMIENTOS TÉCNICOS
PARA DORAR Y PINTAR RETABLOS

Hasta que no se consulten con especial atención nuestros archivos de Protocolos, al igual que se ha hecho en otras provincias donde los investigadores han encontrado ocasión para ello, no será posible escribir documentalmente el capítulo que en la Historia general del Arte han de llenar los nombres de aquellos artistas montañeses que merezcan ser sacados del olvido en que aún yacen a la hora de ahora.

Para poner de manifiesto el interés que tales archivos tienen en ese aspecto de nuestra historia regional, traemos a estas páginas una escritura hecha ante el escribano del Valle de Camargo, don Francisco de la Puente Herrera, en el 1700, y por la cual se viene en conocimiento de dos maestros pintores y decoradores: Jacinto y Francisco de la Castañera Obregón, así como de las condiciones que debían cumplir para dorar y y estofar el retablo del altar mayor de la iglesia del lugar de Cacicedo.

Dice así la escritura a que nos referimos y que se halla en el archivo de Protocolos de esta ciudad de Santander:

«En el lugar de Herrera deste Valle de Camargo a once días del mes de marzo de 1700 años ante mí el escribano y testigos parecieron presentes el licenciado don Andrés de la Peña, cura propio del lugar de Caci-

cedo y mayordomo de la iglesia parroquial del Señor San Pedro del dicho lugar, de la una parte, y de la otra Jacinto y Francisco de la Castañera Obregón, vecinos del lugar de Camargo mayor, maestros pintores y doradores; y dicen que habiéndose puesto en postura y remate el dorar y pintar el retablo y pedrestal de dicha iglesia del altar mayor dello según las condiciones firmadas de dicho cura mayordomo y maestros que para en poder del dho. don Andrés que su tenor es como sigue:

Y en virtud de ellas los dichos maestros se obligan de cumplir y guardar las dichas condiciones según va capitulado y dispuesto sin faltar a cosa alguna por haberse rematado en los suso dichos como últimos postores en *dos mil seiscientos y cincuenta reales vellón*, los cuales se les han de entregar a dichos maestros según lo capitulado en las dichas condiciones y al dar fenecida y acabada dicha *obra* para el día en ellos citado, y en defecto, dho. mayordomo puede entrar maestros y oficiales que por su cuenta lo cumplan y ejecuten, y que en caso de que hagan algunos ensanches y adiciones más de los expresados en dichas condiciones sean por cuenta de dichos maestros y no de dha. fábrica.

Y la dicha cantidad del referido remate se les ha de entregar en tres plazos: principio, medio y fin de dha. obra. Y en esta conformidad se hizo dicho remate y los dichos Jacinto y Francisco de la Castañera para más bien cumplir con lo que llevan referido y capitulado dieron por sus fiadores y llanos pesadores a don Matheo de Raygadas Agüero, Francisco de Ceballos y Francisco García, vecinos del dicho lugar, quienes habiendo entendido lo que aventuran en hacer dicha fianza dijeron que salían y salieron por tales fiadores y principales pagadores y se obligan de que en caso que los dichos principales no cumplan lo referido lo harán dichos fiadores.....»

Firman la escritura Andrés de la Peña, Jacinto de la Castañera, Francisco de la Castañera Obregón, Matheo de Reygadas Agüero, Francisco de Ceballos, Francisco García y el escribano Francisco de la Puente Herrera.

Las condiciones que se mencionan en la escritura anterior merecen ser conocidas por el especial interés que ofrecen para conocer los procedimientos técnicos empleados en tal obra, y porque en ellas se refleja el gusto y criterio artístico de estos dos pintores y decoradores montañeses, Jacinto y Francisco de la Castañera Obregón.

Copiemos a la letra del Protocolo del escribano del Valle de Camargo don Francisco de la Puente Herrera:

«Condiziones para aparejar, dorar y estofar el retablo del Altar mayor de la Iglesia Parroquial del lugar de Cacicedo. Son las siguientes:

Primeramente es condición que el Maestro en quien se rematare le haya de quitar muy bien el polvo y labarla con agua, cola y acíbar y

agos (sic), muy caliente, para matar el gorgojo que tuviere la madera, y si no le tuviere asegurarla que no entre en tiempo alguno; y que se le hayan de dar los aparejos necesarios, todos con cola de retaco de Castilla que son zinco manos de yeso vivo, bien dadas, emplastecidas y enlien- das las faltas que tuviere la madera, lijándolas y escofinándolas muy bien para que no queden motas, rebabas ni repelos, dándolas de manera que no ofusquen ni corrompan la talla ni arquitectura, y darle otras zinco manos de yeso mate, bien dadas, recorridas y repasadas de manera que queden suaves, lisos y llanos dichos aparejos, sin rebabas ni ojos. Y estando así se le hayan de dar otras cinco manos de bol, con su templa muy limpia, colada, sin asientos, tomando el tiempo necesario para que se encorpore y enjute de dicha mano a otra, y en esta conformidad quede aparejada dicha obra que con eso quedará el dorado como oro de martillo.

Es condición que todo lo que se viere y gozare por todas partes en dicha obra, sin quedar nada de talla ni arquitectura, haya de ser todo dorado de buen oro, bien tratado, bruñido y resanado, sin manchas, fue- gos, rocones ni paradas de piedra, todo como buen arte requiere. Porque sobre oro se continúan con toda perfección y permanencia, como más largamente se expresará en estas condiciones.

Es condición que el pedestral de dicho retablo todo por la frontera y todos lados y fondos haya de ser dorado en la conformidad referida; y las repisas de él se hayan de cubrir sobre oro de buenos colores finos bien vareadas, con buenas luces y claros, buenos cambeantes oscuros y realces en las partes que les corresponden granándolas de buenas labores y picándolas de lustre dejándolas sus vivo en las ojas de oro limpio, y estos picados y escarchados y las vueltas de las ojas de dichas repisas se han de quedar de oro limpio, con sus venas escarchadas de lustre y los frutos que se hallan en ellas sobre oro se han de cubrir dando a las fru- tas el natural que les corresponde, todo con mucha dulzura como cosa que está tan pronta a la vista. Y el San Pedro que está en dicho pedestral se le ha de hacer la túnica una aguada sobre oro bien sombrada, obscu- recida y realzada, y en ella unos escarchados con buen arte, y en la *onilla* una pedrería, y lo mismo se ha de hacer en la túnica de San Pedro Mártir; y en el manto se le ha de hacer un brocado sobre oro en el cam- po que le toca, rajado y picado, dejando algunas flores del oro limpio y picándolas de lustre. Y el tronco y el gallo sobre oro, con el color que le corresponde que imiten al natural, picando con dulzura para que no qui- ten la fuerza a los colores; y en la orilla del manto se le ha de hacer sobre oro limpio, a punta de pincel, unos cogollos de todos colores, bien sombrados, obscurecidos y realzados con buenas sombras y luces por donde les toca y las encarnaciones a pulimento y después mate, y los ca-

bellos peloteados de oro molido, los sayones sobre oro como va dicho, sus vestidos que imiten a lo que son, la cruz vetada sobre oro, todo como buen arte pide dejando los campos de oro limpio.

Es condición que las columnas de dicha obra después de doradas como va referido, altos y fondos, la caña y capiteles queden de oro limpio con más las pilastras, plintos y cimacios y las cepas sobre oro bien vetadas, granadas y picadas que imiten al natural; y las hojas de un buen verde fino, y los racimos que imiten al natural, de suerte que no sean todos verdes ni todos maduros. Y las hojas con sus venas, todo bien picado y granado sin quitar la fuerza a los colores.

Es condición que la caja principal del Santo Patrón haya de ser toda dorada de buen oro como va dicho y los festones que tienen las jambas sobre oro colorido, rajados y picados de buen grafio, haciéndole sus frutas que imiten al natural, y los florones que tienen en el arco se hayan de colorar de todos colores bien sombreados, obscurecidos y realzados, granándolos de buenas labores, todo con mucha fuerza por el sitio en que se halla; picándolos y escarchándolos, dándoles las luces en la parte que les corresponde y las florecillas que tienen en el medio dichos florones se hayan de quedar de oro limpio, y todo lo demás de dicha caja, como el recuadro y las enjutas y tarjeta, respaldo principal, todo de oro limpio.

Es condición que la caja de San Roque haya de ser de oro limpio, jambas y arco, recuadro y respaldo. Y los florones que tiene en el arco, sobre oro, coloridos de buenos colores, haciéndolos de buen grafio rajándolos y grabándolos, picándolos de lustre en los extremos que lo piden, y la repisa de dicho Santo haya de ser toda dorada de oro limpio escarchándola de lustre para que salga con más lucimiento y la tarjeta que está sobre la caja de dicho Santo haya de ser de oro limpio escarchado de lustre sus venas. Y lo mismo se ha de ejecutar en la caja de San Andrés.

Es condición que la cornisa, friso y alquitrave haya de ser todo de oro limpio bien tratado, bruñido y resanado como va al principio de estas condiciones, y los modillones y friso sobre oro coloridos de buenos colores, con buenos cambeantes sombreados obscurecidos y realzados y grabados de diferentes labores sin quitar la fuerza a los colores. escarchándolas con buen arte dejando algunas vueltas o extremos de las ojas y vivos de oro limpio.

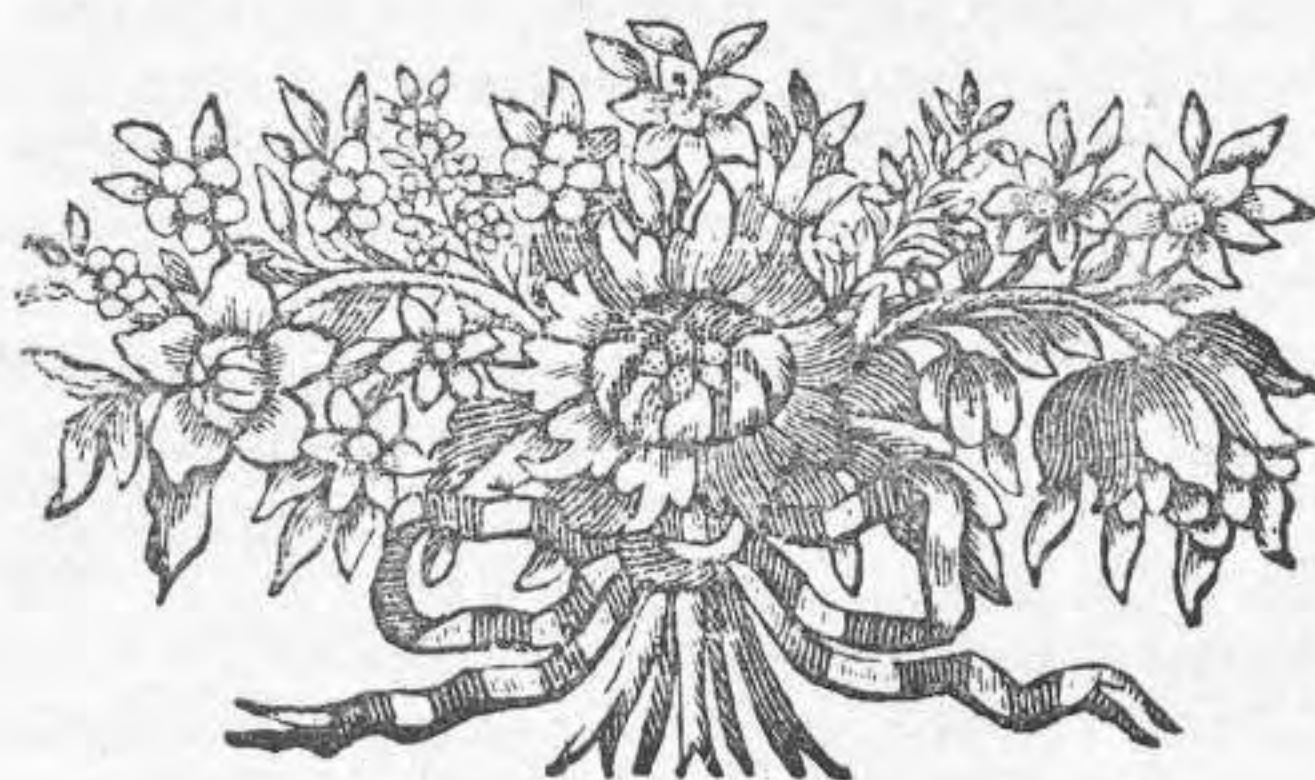
Es condición que en el respaldo del segundo cuerpo se haya de pintar un *Jerus Alen* con sus torres *Passier* y nubes eclisadas, con buen arte sobre oro rajado y picado y lo demás de la caja, recuadro y fondo ha de ser todo de oro limpio, y los machones de dicho segundo cuerpo hayan de ser todos dorados y fruteros y tarjetas de ellos sobre oro, coloridos, bien granados y picados de lustre dándoles sus sombras y luces en las partes que les toca. Y los arbotantes hayan de ser todos dora-

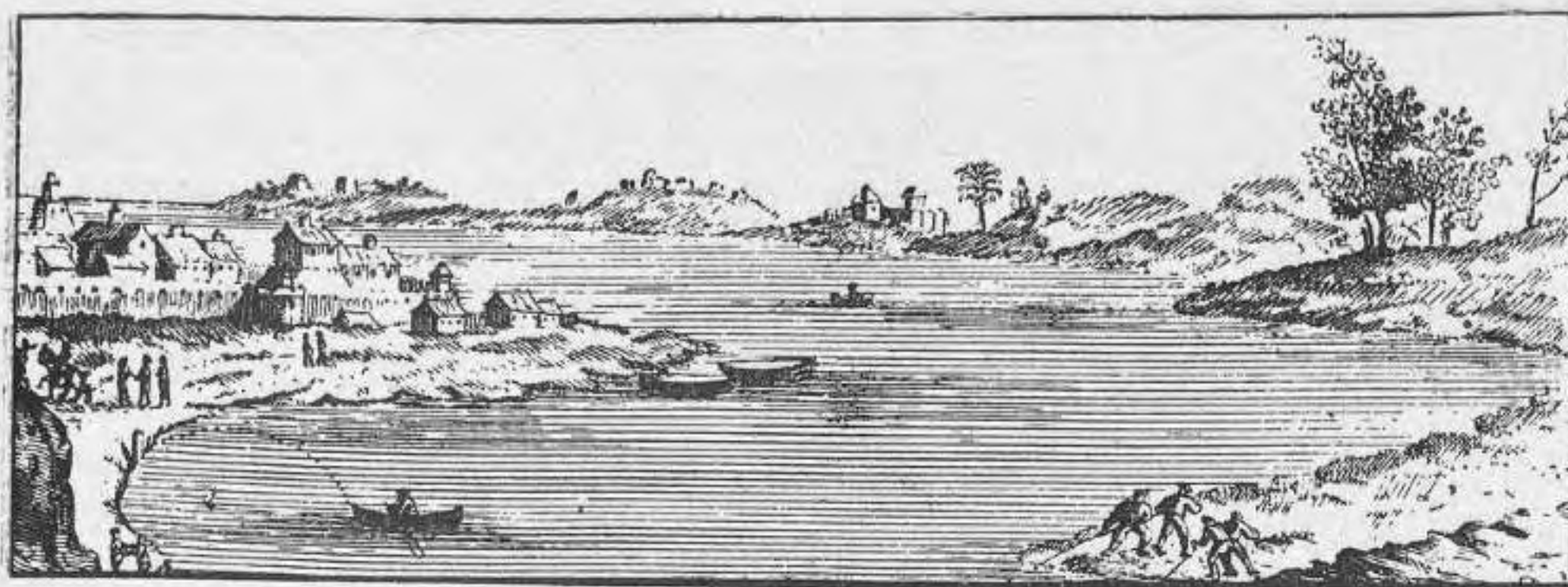
dos y la talla sobre oro colorida dejando algunas hojas de oro limpio, todo según buen arte como queda referido.

Es condición que la *afercha* que tiene el remate y la tarjeta y festón que tiene de cada parte el suyo haya de ser sobre oro colorido rajado y granado como todo lo demás referido.

Es condición que las pirámides de dicha obra hayan de ser todas doradas y la talla de medio abajo colorida sobre oro rajado y granado de diferentes labores y la talla de medio arriba de oro limpio, y todo lo demás de dicha obra haya de ser dorado como va referido en estas condiciones, gastando oro bien subido y de batidor de satisfacción y todos los coloridos que van referidos sean de obrar con colores finos como son zenicas de Ungría, carmín de Unduras que llaman de cañutillo y el albayalde y todos los demás colores molidas y gastadas con toda limpieza, y sea por cuenta y cargo del maestro en que se rematare dicha obra, picar el pedestal de piedra sobre que está el retablo y aparejarle y darle su jaspeado al olio bien hecho que imite al natural; y así mismo el Maestro en que se rematare ha de dar fiancas a satisfacción de los señores Mayordomos eclesiástico y secular, y haya de armar y desarmar dicha obra por su cuenta y riesgo y darla acabada en término de seis meses o el que más le concedieren en la escritura de obligación. Jacinto de la Castañera (rúbrica), Andrés de la Peña (rúbrica)».

TOMÁS MAZA SOLANO





EL MUDO

GINECOCRACIA

El caminante o turista (como hoy se dice en galiparda) que guste de contemplar magnífico panorama, puede lograrlo a poca costa desde éste mi huerto. Calleja arriba y pasando a la vera de él, no lejos se hallará en pleno mirador, de bien amplios horizontes. La boca del puerto con su regio alcázar de la Magdalena, a la derecha mano, mirando a la bahía, mejor lago, donde baña sus pies la gran señora de Cantabria; el promontorio donde ella se recuesta, al sol del mediodía, por el frente y el lago semejante al de Ginebra; y, porque la semejanza sea mayor, así como allá se ofrece en grandioso espectáculo el *Mont Blanc*, aquí nuestros *Picos de Europa* se alzan también, por donde muere el sol, con sus nieves inmaculadas...

Mas, en el supuesto de que mi viajero no desdeñe las cosas pequeñas, recomiéndole una pobre choza que a la siniestra mano ha de topar, camino del Convento. No hay que buscar en ella la tradicional solana donde el montañés pone a secar lo mismo ropa que panojas y en cuyo amplio alero hacen su nido veraniegas golondrinas; ni desván henchido de hierba y fruta cogida antes de sazón para burlar esa codicia que en todos tiempos prefirió, por dulce y sabrosa, la del cercado ajeno. Ni se hable de la consabida corralada en que la higuera extiende lujuriosa su follaje, ni de gallinas que a su sombra escarban o sestean. Quien vive nuestra pobre choza ni siega, ni cosecha, ni tiene higuera ni gallinas... Sin ser precisamente un Diógenes, algo se le parece en la penuria y estrechez de su menguada habitación, no mucho más amplia que el tan famoso tonel.

Seis varas cuadradas de cabida; dos, escasas, de altura y, por ende, un tejadillo que se alcanza con la mano; he ahí el plano de la choza. Por sus propias manos levantóla el que hoy la habita, gracias a cuatro paladas de cal que le donó un albañil, con que se viene a demostrar que no es menester ser rico, para hacer obras buenas. Lo demás, piedra, ladrillo y tejas, agencióselo el hombre con labor de hormiga, llevándose de acá y de allá los materiales. La leña en desiguales y torcidas hileras le defienden de las lluvias y hasta sírvenle de chimenea unas cuantas, puestas de punta, en forma de garita. Por dentro, en un ángulo de la derecha mano, el hogar. ¡Qué hogar, Dios mío! algunos ladrillos no muy ennegrecidos, al fuego de la leña. A la izquierda, una tabla, pegada a la pared y sostenida por dos tarugos desiguales, fábrica del propio artífice, y sobre la tabla un pajón de hoja de maíz sirven de cama al desdichado. Una manta con menos pelo que un calvo y más agujeros que una criba «abrígale» las noches de invierno. La choza tiene por únicos respiraderos un agujeruco en forma de ventana, como de un palmo, a poniente, y la puerta de entrada.

Lo que más en ésta llama la atención es una tabla puesta sobre el desvencijado marco, en que se ve esta leyenda:

Limosna para este pobre mudo y Viudo

Rótulo, como ves, lector, original. En efecto; que un pobre pida limosna, cosa corriente es; que, siendo mudo, se valga de la escritura, para anunciarnos su indigencia, es natural. Pero aquello de *Viudo*, confieso que no pocas veces me hizo sonreír y aun pensar en la *ginecocracia*, término que, como tú bien sabes, alude a aquel estado social en que la mujer es cabeza de familia y el hombre su protegido. Ya en este orden de ideas, hasta llegué a sospechar si habría quedado en estas tierras de Cantabria algún resto de las costumbres primitivas, cuando he aquí que ¡oh erudición profunda! acude a mi memoria el nombre de Strabón, con sus originales revelaciones acerca de los viejos cántabros, según los cuales nuestros antepasados más o menos auténticos acostumbraban meterse en la cama con el recién-nacido, para cuidarle, no bien la amada esposa daba a luz. Y ¿qué cuidados podrían ser ellos, sino los conocidos menesteres que hoy la madre cumple, desde las primeras horas con sus hijos? No y sino... dígalo la ciencia. A ella debemos la muy grata noticia de que también el hombre fué dotado por la próspera naturaleza, para criar a sus hijos, cual pudiera hacerlo la más plasmante nodriza de la Vega de Pas. A qué, sino, esas mamas que los varones ocultamos, a fuer de reducidas y un tantico secas de jugo alimenticio? La naturaleza nada crea inútil; es así que...; ergo... O no hay lógica en el mundo. No dirás, lector, que hilaba yo muy gordo, cuando, ante el consabido rótulo del

mudo, dejaba a la imaginación volar en busca de algo que me explicase la última palabra. Habría yo descubierto un ejemplar atávico de la tal *ginecocracia*? De ser ello así, qué gusto, Dios mío! qué gustazo el de ser descubridor de algo y salirse uno, gallardamente, de la *turba multa* de hombres-fonógrafos que por ahí pululan.

Confieso que comencé a sentirme ufano del hallazgo y a pavonearme, en mi interior, para no irritar a la envidia; cautela que, más de una vez, rindióme buenos frutos... Tan ufano, casi, como debió quedar el descubridor del hombre cuaternario, o el inventor de la pólvora, o el de los polvos para conservar la dentadura... en un estuche, cuando ¡ay de mí! pronto caí en la cuenta de que mi descubrimiento no era para echar las campanas a vuelo, ya que se me podría objetar que ese estado en que la mujer «tiene la sartén por el mango» y manda como «cabeza de familia» no es cosa que hoy mismo no se vea por toda la haz de este planeta que habitamos. Pues, si bien es cierto que la ley deputa entre nosotros por jefe de familia al hombre, son muchos los que bondadosamente, pacientemente (que así decimos galicanamente) deponen la natural soberanía a los pies de la señora que les cupo en suerte, no ya en los ordinarios menesteres de la vida doméstica, que esto plausible fuera, sino en otros negocios reservados a la iniciativa de varón digno de este nombre. De suerte que, eso de la *ginecocracia* actual muy bien podría basarse en argumentos antiguos y modernos y, por tanto, justificar la tal palabra. Mas, en verdad lo digo, ni aun esta explicación acaba de dejarme convencido. Porque ¿cómo se explica que ese pobre Mudo, aislado como vive de la sociedad, en cuyo roce y trato nacieron más de cuatro invenciones, haya tomado la delantera a una novedad que, seguramente, ha de imponerse, en día no lejano? Don Homobono es hombre que vive de sus rentas y no ha menester de rótulos que, como el del Mudo, le anuncien al caritativo viandante. Pero usa (¿cómo no?) tarjetas. Y en ellas espero ver muy pronto esta leyenda:

*Homobono de la Corralada
y Manso*

*Viudo de D.^a Serafina Quincoces de la Zapatesta
madre fecunda en chismes, injurias y embelecocos
a par que temerosa de Dios*

Y pondrá, ya lo verás, viajero amigo, pondrá nuestro don Homobono en sus futuras tarjetas esos títulos, a falta de otros reveladores del linaje; porque ya es hora de honrar, cual cumple, las nobles cualidades de los que ya no son, para que sirvan de ejemplar a los que viven.

Mas, en verdad sea dicho, ni aun esta explicación acabó de dejarme

convencido, y volví a preguntarme: Porqué el pobrete que esa choza habita habrá tenido la desgracia de poder anunciarnos que además de mudo es *viudo*? Ah, tal vez encierra esa palabra tan vulgar como es el número de viudos y de viudas en ambos hemisferios, algo de íntima elegía, cuya expresión hubiera ocupado más de un canto en los «Tristes» de Ovidio, y que ahí, en esas maltrazadas letras nos revela un sólo, fúnebre vocablo... Además, eso de «pobre» pega muy bien a lo de «viudo». ¿Conocéis alguna viuda que no sea «*pobre* viuda» por lo menos durante las primeras horas subsiguientes al sepelio, aunque de su marido heredase un buen pasar?

A un lado estas disquisiciones, es lo cierto que nuestro Diógenes vulgar vive en su choza solo, sin que nadie le visite, sin un gatuco que de cuando en cuando le regale con sus zalamerías, sin perro que le guarde la *finca* o que comparta los pocos huesos que allí puedan roerse. **S** es horror lo que él siente por la sociedad, con animales ignórolo. Sólo sé que no acostumbra acariciarlos, aun cuando la ocasión a ello le brinde. Por este lado resúltame egoísta el Mudo; parece hallarse aún en el estado anterior al de la domesticidad de ciertos brutos por el hombre. Estado de guerra a muerte, que sanguinario instinto alimentó en la lucha brutal por la existencia, y que va desapareciendo de la humanidad, a medida que ésta, vencedora, se va haciendo cargo de que sus vencidos, pese al gran Descartes, también son seres sensibles, con su poco de inteligencia, a su manera, y sobre todo, algunos de ellos, como el perro, amigos (quizás los mejores amigos) del hombre.

También puede nacer esa aversión del Mudo, de un caso de conciencia, bien resuelto. Cómo pretender que condenase a dieta continua a un animal, cuando a él todo le escasea? Porque su penuria raya en lo sublime y enseña con cuán poco se puede vivir cerca de un siglo, entreteniéndose un estómago, que, a fuerza de contracciones, debe de abultar ya menos que el de un tordo. Un puñado de alubias, con alguna berza, una pobre corteza de tocino «aliquando» algún hueso, con que la carnicera le regala; he ahí toda substancia comestible que entra en la puchera del Mudo, los días que la hay. Lo que nunca falta en su choza, eso sí, es su copita de *haticuenta*, licor infame de que el hombre abusa, para convertirse en bestia. Sopórtalo bien el Mudo, sin embargo; la sobriedad en el comer, ayúdale, sin duda. Y no creas que tanta penuria es hija de suprema indigencia, no: el Mudo tiene *ahorros* (!) aunque ello parezca mentira. Y ahorros, que alguna vez encendieron la codicia de ciertos desalmados, que aprovechando ausencias, alzaronse con cuanto tenía encerrado, en su caja de fondos. Es ésta una lata de pimienta oculta en un agujero practicado en la pared y cubierto a la continua con algún pedrusco o trapo. Allí había reunido hasta quince duros, que los rateros

muy lindamente se llevaron. Desde entonces, cuando el ahorro pasa de cinco pesetas, el Mudo entrégale, no sin recibo, a persona responsable constituida en su cajero. Con ello nos enseña cómo un pobre puede darse el aire de tener cuenta corriente.

Más de una vez en presencia del Mudo he pensado en su finalidad terrena. Qué misterioso encanto hay en la vida, sólo por ser vida, que así se enseñorea de nuestra voluntad, en términos de sernos la muerte, por punto general, aborrecible, aun cuando las mayores privaciones nos acosen. Mas para semejante estado psíquico es menester un ideal. ¿Y cuál será el del Mudo? Su programa de vida es rutinario. Por la mañana, a misa, ocupando un puesto en el banco de los ancianos pobres, de quienes el piadoso Juan de Herrera se acordó en su testamento: es muy posible que el Mudo no tenga la menor noticia de su bienhechor; el tiempo acaba con todo, hasta con la gratitud, que debiera ser eterna en la flaca memoria de las gentes. Y ¡quién sabe, si ello será un bien! ¡quién sabe, si la Providencia quiso poner tasa a las lenguas maldicientes, las cuales gustan de empañar el recuerdo de toda buena acción...! Ello es que el Mudo, oída su misa, en la cual hemos de suponer que encontrará motivo de elevar su espíritu a su modo, ya no hace cosa que no se refiera a la vida material: preparar su comida, remendar sus astrosas ropas, comer, después la siesta, y... pare usted de contar. Al día siguiente, lo mismo. Traslado a los distinguidos *sportmen*, alguno de los cuales ¡quién sabe si se despediría de este mundo, no con serenidad estoica, sino a la desesperada, si un revés de fortuna le privase de gasolina para su automóvil. «Peor es la pobreza que la muerte». No recuerdo si esa sentencia asoladora es de Séneca; pero sí que la he leído en uno de nuestros más ilustres senequistas. No piensa así el Mudo, quien, sin saber nada de cuanto la ciencia afirma en el particular, tan bien se las arregla con la sobriedad recomendada por los moralistas y fisiólogos, que él no ha menester llevar la cuenta de las «calorías» que por desgaste vital pierde, para reponerlas con el alimento, sin excederse y criar grasa; bástale su pacto con el hambre, para ir tirando, en plena salud, del carro de la vida. Su destino, pues, en este mundo es vegetar, quizá como el cardo que junto a su puerta crece, muy armado de espinas como si tuviese algo que perder; pero no... que el Mudo, a fuer de ser inteligente, no puede menos de manifestarse tal, con sus aciertos y con sus equivocaciones más o menos inocentes. Un día, v. gr.: dióle por hacer de ingeniero hidráulico. Cerca de su choza hay un huerto; el Mudo se empeñó en que su dueño había de sacar de allí agua abundante y fresca. En el pueblo no es raro encontrar agua; pero el Mudo quería sacarla de un verdadero arenal y con su mímica más expresiva que el lenguaje de algunas gentes, con su tenacidad de mudo, hubo de persuadir al dueño de la finca a abrir el pozo. Para comu-

nicar su pensamiento dióse el Mudo la siguiente maña: primero, con el índice simuló trazar un círculo en el punto donde había de cavarse; la cava excusado es decir que la indicó a maravilla, remedando el descargar de golpes de hazada; el agua brotaba después ¿cómo?, abundantemente, según los diez dedos de las manos que el Mudo agitaba con las puntas hacia arriba. El agua era muy fresca, según que el Mudo, mímico sobresaliente, simulaba estremecerse con su busto y brazos agitados. El agua era riquísima: era de ver el gesto del Mudo, relamiéndose los labios, para darnos a conocer este pormenor por demás interesante. En suma: tanta fué su obstinación, que a pesar de parecer empresa absurda la del pozo, éste se abrió al fin y el agua apareció... Desde aquel día goza fama de ingeniero y no seré yo quien se la regatee. El Mudo había demostrado sus facultades de buen observador en aquel lance. En cambio, como *detective* (*policía*, que así decimos en Castilla) el Mudo sería detestable, viniendo a aumentar el número de los que ya lo son. Otra vez propuso al mismo dueño de la finca, que le permitiese dormir en una casuca de labrador, de la principal. Allí podría prestar un gran servicio; podría nada menos que como buen sabueso, denunciar a los ladrones que se presentasen a ejercer su profesión durante la noche en casa del señor. ¿Cómo, a tanta distancia? ¿Cómo, con su sordera? ¿Cómo, si estaba durmiendo el muy bendito? Nada más fácil: una cuerda subterránea iría a parar a la casuca y a ella ataría un brazo el Mudo, al acostarse. Que entraba el ladrón en casa del amo? Fácil le sería a éste dar un tirón de la cuerda; el Mudo se despertaría con ello inmediatamente, saldría escapado calleja arriba, daría en casa del cura, quien advertido del suceso, acudiría presuroso a encargarse al sacristán que tocase a rebato.... Convengamos que semejante industria había rebajado un poco la reputación de nuestro ingeniero *hidráulico*. Pero ella dejaba al descubierto ese egoísmo que todo ser humano echa raíces, que casi siempre procura disfrazarse, por el buen parecer, de altruismo, coma ahora se dice. La nota de la soberbia también se ha revelado en él alguna vez. Dábanle de comer en una casa vecina, todos los días, no sin el previo desayuno de leche. Un día vióse en aquella casa, no sin asombro, que el Mudo, después de probar del nutritivo líquido, púsose en el suelo a un perro con quien siempre andaba a la greña; era que a la cocinera se le había olvidado poner a la leche sal, a la que el Mudo estaba acostumbrado. Un moralista observador podría ver en este hecho todo un mundo pasional de ese infeliz. El análisis psicológico acusaría, en primer término, un estado de iracundia; mal disimulada y peor contenida; algo más de ingratitud y falta de respeto a la gente de aquella casa, y, finalmente, un desprecio olímpico de la dádiva, sin temor alguno de verse desamparado de aquella familia en castigo de su mala acción. Otras altanerías, semejantes a

esa, valiéronle al fin, el retiro absoluto a su choza, si bien la caridad nunca faltó en quienes parece haber traído a este mundo la misión de velar por él. Allí en su choza, no puede estar más solo; aunque alguien quisiera, no pasaría de la puerta; no caben dentro dos. Solo por el corto espacio en que vegeta; solo por la casi absoluta incomunicación que su mutismo le acarrea, el tordo que con su flauta alegre desde el vecino roble los días primaverales y el otoño, no canta para él; bien es verdad que, por sordo, tampoco puede oír el triste lamentar del cárabo en las noches de luna, ni los penetrantes ayes de las aves marinas que, al pasar por encima de sus tejas, anuncian la tempestad que avanza preñada de estragos quizá, de heladas chubascas siempre, durante las negras noches de invierno, quitándonos el sueño a más de cuatro para consagrar un punto de piadosa atención a las tragedias de ese mar en que ahora reverbera el sol, como en bruñido espejo. Así, insensible si no es a la lluvia que a veces chorrea por entre las desvencijadas tejas, aquel corazón marca en sus latidos isócronos el ritmo de un reloj que no ha sufrido rotura; aquel cerebro no consume ni un átomo de fósforo en quince años y los que lleva vividos, sin más avería que la de su arrugada piel y su leve encorvadura de espinazo, son buena garantía de los muchos que aún tiene por delante. Dios lo haga así, si el hombre, como espero, los lleva con esa alegría interior que parecía ser exclusivo patrimonio de los antiguos griegos, mientras vivieron en íntimo contacto con la naturaleza, y que, por lo visto, reverdece en el alma nacida para contentarse con poco, en todas las edades.

Por fin, si alguna vez siguieres mi consejo, visitando la choza del Mudo, no dejes de tender tu mirada a oriente. Allá donde las salobres rujen en agria rompiente, levántase una torre, rica mansión de reyes para quienes la naturaleza tenía reservada esa roca, detalle pintoresco y grandioso de la costa Cántabra. No dejes de mirarla, digo; que, sin quererlo, saltará a tu mente la comparación. Y en la comparación icosa por demás extraña y singular! aquel palacio, se achica; la choza del Mudo parece más grande.... ¡Qué cosas hacen la distancia y la perspectiva!

VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA



LIBROS DE LA MONTAÑA

Tomamos del *Boletín bibliográfico del Centro Germano-Español e Instituto Iberoamericano*, la siguiente nota bibliográfica:

SIEBERT, KURT: *Die Naturschilderungen in Peredas Romanen. (Las descripciones de la Naturaleza en las novelas de Pereda)*. Hamburg: Seminar f. rom. Sprachen u. Kultur, 1932 (VIII-123 S.) = *Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen*. Bd. 12. Geh. 4,50 RM.

El último tomo de las publicaciones del Seminario Románico de la Universidad de Hamburgo, lo constituye un trabajo de la escuela del ilustrado hispanista Fritz Krüger.

No cabe duda que ofrece especial interés el tema del trabajo arriba citado, puesto que hasta ahora sólo se ha hablado en términos generales de la descripción de la Naturaleza en la obra de Pereda, donde, sin embargo, ocupa un lugar preeminente. Faltaba todavía destacar las particularidades de su estilo personal descriptivo, examinando su técnica.

Siebert desea suplir esta falta. Comienza con una breve exposición sobre el papel del paisaje en la vida de Pereda, y luego discute la posición teórica de Pereda frente al problema de la descripción de la Naturaleza, tal como se desprende de sus juicios negativos sobre la descripción romántica e idealizante de principios del siglo XIX, encarnada para él en la figura de Antonio de Trueba, y por otra parte, de su postulado de una descripción realista, pero al mismo tiempo sentida, no objetiva según el concepto del naturalismo. Tras estos preliminares entra Siebert en el examen de los medios poéticos de la descripción de la Naturaleza, bajo tres puntos de vista: Naturaleza como *fondo*; Naturaleza y hombre; Naturaleza como factor independiente de la acción. El primer punto, especialmente, resalta al exponer los diferentes motivos de la descripción (elementos estáticos y dinámicos, motivos visuales y acústicos, así como olfativos, y finalmente, la personificación de la Naturaleza). El segundo tiene importancia al propio tiempo para el arte de Pereda respecto a la caracterización de personajes. En este particular coincide en realidad con el tercer punto.

Sigue a esta primera parte, que podríamos colocar bajo el lema «investigación de motivos», otra dedicada a la «investigación del estilo». El análisis da por resultado un estilo realista y narrativo en Pereda, con tendencia a una amplitud épica. Los medios lingüísticos se consideran en dos capítulos: «Arte del lenguaje» y «Arte de la palabra».

El autor evita conscientemente comparaciones con otras maneras de describir la Naturaleza absteniéndose del fútil empeño de encajar a Pereda en una definida escuela literaria.— W. Petersen.

Viuda e hijos de Casiano Arrarte



Efectos navales = Fábrica de cordelería
= y cables lubricantes =



Calle de Méndez Núñez, 2
Teléfono número 12-80

Santander

Telegramas y telefonemas
Arrarte



Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Santander

Edificio central: Tantín, 1
Subcentral: Hernán Cortés, 6

Sección del Monte de Piedad

Préstamos sobre alhajas, ropas y efectos. Créditos y préstamos con garantía personal, hasta 2.000 pesetas. Créditos con garantía de valores. Idem con garantía hipotecaria exentos del pago de derechos reales e impuesto de utilidades

Sección de la Caja de Ahorros

Libretas a la vista 3,50 por 100. Idem especiales con preaviso de ocho días, 4 por 100. Los intereses son abonados semestralmente en enero y julio. Sellos de ahorro. Muchas para tener en poder del imponente

Sección de Retiros

Pensiones vitalicias y temporales. Idem inmediatas y dotes infantiles para los 20 o 25 años

JABÓN Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

La Rosario :: Santander

Carbones

lubrificantes

INDATOS

SANTANDER

Las señoras encontrarán en esta Casa, **Librería Moderna**, Amós de Escalante, 10, una extensa, variada y elegante colección de preciosas Revistas de Modas nacionales y extranjeras, con los figurines del más refinado gusto y alta novedad.



SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA
ACERO MARTIN -SIEMENS-
HIERROS COMERCIALES
ALAMBRES DE TODAS CLASES
CRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y
ESTAÑADO PARA COSECH LIBROS,
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN, ETC

SANTANDER

PUNTAS DE PARIS
TACHUELAS, SIMIENTE
ALCAVATAS, GRAPAS
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873

ENREJADOS, TELAS METALICAS
CABLES DE ACERO
MUELLES, RESORTES
OTRAS MANUFACTURAS DE
ALAMBRE

BODEGAS DEL ROMERAL



FÉLIX AZPILICUETA
MARTÍNEZ, S. A.

UN BUEN VINO
RIOJA ROMERAL

Banco Mercantil

SUCURSALES: Alar del Rey, Astillero, Astorga, Barruelo, Burgos, Cabezón de la Sal, Cistierna, Ciudad Rodrigo, Frómista, Guijuelo, La Bañeza, Laredo, León, Llanes, Ponferrada, Potes, Ramales, Reinosa, Sahagún, Salamanca, Salas de los Infantes, Santoña, Torrelavega, Unquera, Valencia de Don Juan, Cervera de Pisuegra, Palencia, Paredes de Nava, Posada de Llanes, Santibáñez de Béjar, Selaya y Villadiego

Capital. 15.000.000 de pesetas
Desembolsado. 8.400.000 »
Fondo de reserva. 13.600.000 »

CUENTAS CORRIENTES a la vista, 2,50 por 100 de interés anual.—DEPOSITOS a tres meses, 3,50 por 100 de interés anual; a seis meses, 4 por 100 de interés anual.—CAJAS DE AHORROS: A la vista, 3,50 por 100 de interés anual sin limitación de cantidad.—CARTILLAS ESPECIALES: Disponible, con preaviso de ocho días, 4 por 100 de interés anual.—Créditos en cuenta corriente sobre valores personales, Giros, cartas de crédito, descuento y negociación de letras documentarias o simples aceptaciones, domiciliaciones, préstamos sobre mercaderías de depósito, tránsito, etc.; negociación de monedas extranjeras, afianzamiento de cambios de las mismas, cuentas corrientes en ellas, etc.; cupones, amortizaciones y conversiones. Operaciones en todas las Bolsas. Depósito de valores. Caja de seguridad para particulares

Dirección telegráfica y telefónica: MERCANTIL

Corecho Hijos, S. A.

Santander - Calle de Recoletos, núm. 3 Madrid



Instalaciones y calefacción, ventilación y saneamiento en toda clase de edificios :: Cocinas y servicios completos de fumistería

Las instalaciones de esta clase realizadas últimamente en el edificio de la Compañía Telefónica Nacional de España, dicen mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, nuestra competencia en la materia

Otras instalaciones importantes realizadas últimamente:
Hotel Cristina, Sevilla - Casino de Sevilla, Sevilla
Todas las instalaciones del primer edificio de la Ciudad Universitaria, Madrid - Residencia de Estudiantes de la Fundación del Amo



**BODEGAS
UZCUDUN**

VINOS FINOS

SANTANDER - Teléfono 12-94

**GRANDES BALNEARIOS
DE
ALCEDA-ONTANEDA**

LOS MAS ACREDITADOS PARA LA
CURACION DE LAS ENFERMEDADES DE
LA PIEL, VIAS RESPIRATORIAS,
PROPIAS DE LA MUJER Y ARTRITISMO

GRAN HOTEL DE ONTANEDA

El de mayor confort y más esmerado trato

BANCO DE SANTANDER

FUNDADO EN EL AÑO 1857 Y CAJA DE AHORROS ESTABLECIDA EN EL AÑO 1878

Capital: 10.000.000 pts.-Fondo reserva: 9.000.000 pts.-Fondo previsión: 450.000 pts.

Sucursales: Alceda-Ontaneda, Ampuero, Astillero, Comillas, Espinosa de los Monteros, Lanestosa, Laredo, Osorno, Panes, Potes, Reinosa, Santoña, San Vicente de la Barquera, Sarón y Solares

Banco filial: BANCO DE TORRELAVEGA

(Capital 2.000.000 de pesetas) con sucursales en CABEZÓN DE LA SAL y MOLLEDO

Principales operaciones: Cuentas corrientes a la vista 2,50 % de interés anual. Cuentas corrientes con preaviso de ocho días 3,00 % de interés anual. Depósitos a tres meses 3,50 % de interés anual. Depósitos a seis meses 4,00 % de interés anual. Cuentas corrientes de moneda extranjera a la vista interés variable.

Cajas de ahorros: A la vista 3,50 % de interés anual sin limitación de cantidad. Cartillas especiales: Disponibles con preaviso de ocho días 4,00 % de interés anual. Los intereses se liquidan por semestres

Depósitos de valores sujetos a devolución sin previo aviso y a comprobación por los interesados durante las horas de caja, mediante la presentación de los resguardos. Cuentas de crédito, giros, cobro y descuento de cupones, órdenes de Bolsa y toda clase de operaciones de Banca

BALNEARIO DE CALDAS DE BESAYA

Aguas clorurado-sódicas, Bromuradas, Nitrogenadas muy Radioactivas. Temperatura 37°
Baños con agua corriente.

INDICACION

Reuma y Atritis en todas sus formas-Clática
Neuralgias-Bronquitis-Asma bronquial
Cardiopatías, en las consecuencias de los traumatismos, etc., etc.

GRAN HOTEL DEL BALNEARIO

lujosamente reformado, inmejorable trato, asistencia completa de 14 a 30 pesetas, según habitación

**Material de construcción y artículos
de saneamiento**

Ladislao del Barrio y C.ía

Casa especializada en instalaciones económicas
y cerámica artística

Pídanse nuestros catálogos ilustrados

Santander - Méndez Núñez, número 7